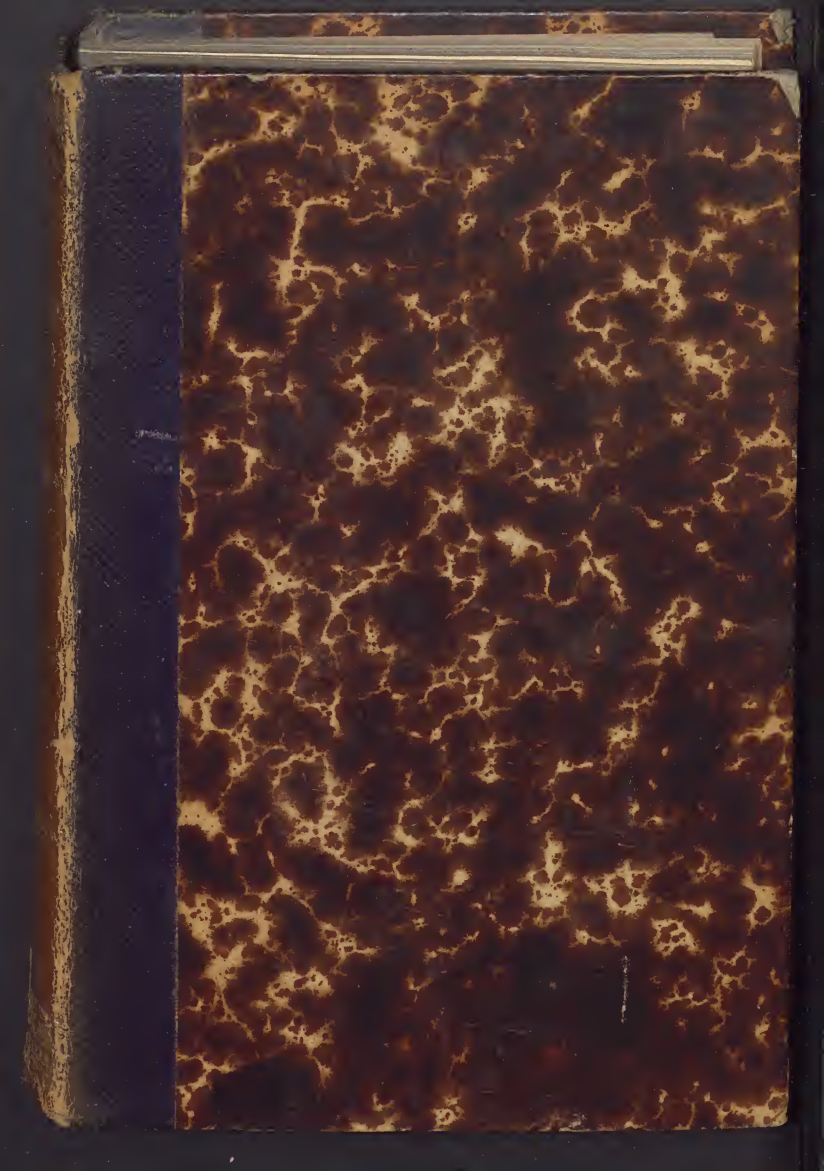




Est. — 112
N.º — 47

Tratados 18

1.– Perez (D. Sebastian) Balmes y sus impugnaciones.
2.– Almanaque del "Madrid literario" para 1878.
3.– Castro (D. Adolfo de) El racionalismo en la real Academia gaditana de ciencias y letras, refutacion del discurso de D. Romualdo Alvarez Espino.
4.– Castro (Excmo. Sr. D. Adolfo de) Vindicacion de Sta. Teresa de Jesus.
5.– Sabitte Ricard (D. Pedro) Poesias orientales.
6.– Mac-Costello (Edmundo) La Cruz. Oda.
7.– Franco y Pacheco (Ramiro) La Guardia. Un recuerdo á Galicia.
8.– Palacios y Rodriguez (Doctor D. Joaquin de) Programa

de Historia de España,
para el curso de 1874 á 75.

9.— Bueso (D. Agustín de la Paz) Memoria de los trabajos realizados por la "Asociación de Escritores y Artistas" durante el año de 1876.

10. Ortiz de Urbina (Tomás) Compendio de Historia Natural.

11. González Santos (Dr. D. Celestino) Composiciones latinas en verso y cuestiones filológicas.

12.— González Santos (D. Celestino) Reflexiones sobre las notas puestas por el Sr. Polo en la traducción del Arte poética de Horacio por D. Raimundo Miguel y la contestación de éste

13.- Gonzalez Santos (D. Celestino) Otra opinion acerca del verdadero sentido de los versos de Afranio.
14.- Gonzalez Santos (D. Celestino). Cuestion filológica.
15.- Exposicion y memoria sobre el „Colera" del Colegio médico de Sevilla.
16.- Perales (Marques de). Memoria por el Presidente de la Asociacion general de ganaderos a las Juntas generales de 1866.
17. Anonimo (Un) Discurso premiado por la Academia Sevillana de Buenas Letras, en 30 de Mayo de 1840.
18.- Montero (Gervasio) De Madrid a Lisboa. Impresiones de un viaje a baños

1.

BALMES

Y

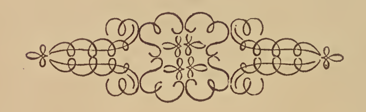
SUS IMPUGNADORES,

POR

DON SEBASTIAN PEREZ,

PRESBÍTERO CATEDRÁTICO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DEL OBISPADO DE CALAHORRA Y LACALZADA ESTABLECIDO EN LOGROÑO.

CON AUTORIZACION Y LICENCIA ECLESIÁSTICA.



LOGROÑO:

IMP. DE D. DOMINGO RUIZ.

1851.

PRÓLOGO.

A poco tiempo de haber fallecido Balmes, me ocurrió el pensamiento formulado en esta obrita. La persuasion de mi insuficiencia de un lado, y de otro la consideracion de que bien pronto serian olvidadas las impugnaciones hechas á tan esclarecido escritor, me hicieron abandonar por entonces aquel pensamiento; mas observando continuan las mismas prevenciones contra Balmes, y que algunos hombres, á vuelta de los elogios que le tributan, hacen tambien notar los errores en que, segun ellos, ha caido el célebre publicista, muy particularmente en lo concerniente á la política de N. Smo. P. Pío IX, me he decidido á publicar hoy este opúsculo, cuyo asunto capital es defender á Balmes de los ataques que han sufrido algunos de sus escritos, singularmente el que dió á luz con el título de Pío IX.

A los que todavía miran con despego, y condenan como desacertada la política de Pío IX defendida por Balmes, ruego vuelvan á leer detenidamente aquella apología, mediten sobre las reflexiones que yo hago sobre este asunto, y fijen la mas viva atencion en el artículo encabezado con el epígrafe, *acontecimientos posteriores.*

se hayan adquirido una reputacion tan grande, cual la que se ha adquirido Balmes á la edad de treinta y siete años; y todavía mas rara una reputacion tan bien merecida. Pasarán siglos, decia M.ma de Staël, antes que el mundo produzca otro Voltaire; mil años pasarán, decia Chateaubriand, antes que aparezca otro Napoleon. Napoleon aun no ha encontrado rival. En cuanto á Voltaire M.ma Staël se escedía en su elogio; á su lado tenía un hombre superior á Voltaire. M.ma Staël conversó con Chateaubriand, vió algunas producciones del ilustre breton, y Chateaubriand ciertamente aventaja á Voltaire. Alargándose algo mas la existencia de M.ma Staël habria admirado en el suelo español una produccion gigantesca; habria visto que un jóven sacerdote Español ha falsificado su prediccion. Si la divina providencia concediera al Filósofo de Vich los años de vida que al de Fernei, el cantor de Enrique IV en todo fuera inferior al cantor de Pío IX.

Ninguna de las cualidades que constituyen los verdaderos ingenios faltaba á Balmes; imaginacion fecunda, brillantísma, creadora; lógica vigorosa irresistible; espíritu investigador y filosófico; entendimiento vasto, profundo, penetrante; varia y rica erudiccion; crítica delicada; gusto esquisito; estilo encantador; todas estas cualidades se notan en sus escritos, y todas estas eminentes dotes le eran necesarias para que un jóven, un Español y un sacerdote llamase como ha llamado tan vivamente la atencion del mundo literario.

En Balmes se reunen todos los caracteres con que se han distinguido las mas grandes inteligencias. La amena sublimidad de Platon y Fenelon; la elevada moral de Só-

crates y La Bruyere; la observacion de Aristoteles y Bacon; las hondas meditaciones de Cartesio, Malebranche, Leibnitz y Pascal; el nervioso raciocinio de Balarmino y Bossuet; la erudicion y crítica de Erasmo, Luis Vives y Feijoo; la filosófica y previsora política de Tucidides, Tácito y Montesquieu; el analisis ideológico de Locke, Condillac y Larromiguiere; los grandiosos arranques y atrevidos vuelos del Tasso, Milton y Chateaubriand.

En cuanto á las celebridades contemporaneas, Balmes á ninguna cede. Kant, Hegel, Cousin, Chataubriand, Lamenàis, Lamartine, Guizot, Thiers, Rosmini, Gioberti; éstos son los grandes maestros encargados de dar lecciones á la Europa, estos los Neoplatones en cuyos nombres se quiere juren las nuevas sociedades. No les negaré la cualidad de brillantes escritores; y si compadezco los estravíos y aberraciones de la mayor parte, admiro los talentos de todos. Ninguno empero aventaja á Balmes. A la Nacion que nos oposusiese una de sus glorias literarias, podria oponer la España un jóven sacerdote, á ninguna inferior, y que á todas lleva una ventaja muy recomendable.

Lo que realza el mérito del jóven Español és, que en su carrera literaria y científica jamas se ha torcido. Esta es una ventaja que nadie puede disputarle. Balmes no tiene las sublimes locuras de Descartes, Malebranche y Leibnitz. Aguila intelectual tan valiente como las de Alemania, Prusia, Italia y Francia, sube rápido y veloz á lo mas elevado de las ciencias, sin perderse en giros tortuosos como aquellas. Tan penetrante y sútil en el campo de las ideas abstractas, como Kant y Cousin, ni cae en sus monstruo-

sas contradicciones, ni delira como ellos: tan encantador y sublime como Lamenais y Lamartine, ni forja las utopias de éste, ni se abisma en los funestos errores de aquel.

El buen juicio, la exactitud, la sensatez; esto és lo que distingue á nuestro escritor: á todos los grandes escritores de la época les ha faltado algo de buen sentido. Kant, Fichte, Schelling han fabricado mundos imaginarios; han sido dominados de una idea á la que todo lo han querido acomodar. En mi sentir el que menos ha delirado, ha sido el autor del Genió del Cristianismo; y Chateaubriand sin embargo se deja arrastrar de su fogosa fantasía: á muchos de sus pensamientos aunque brillantes y filosóficos, les falta algo de exactitud: Chateaubriand poetiza á veces en el mal sentido de esta frase; y con sus libertades políticas, con su libertad de imprenta, con su círculo flexible enloquece, como enloquece un niño con un díge que tiene entre las manos; pero á Balmes siempre le observareis profundo, siempre sublime; y sobre todo, siempre exacto, siempre juicioso, siempre sensato. Aunque se levanta á esferas superiores y gira en órbitas inmensas, y se interna en todas las profundidades de la ciencia; hace alto donde hacerse debe, no divaga por laberintos sin salida, ni se fatiga su imaginacion en busca de lo que no puede encontrar: con la antorcha de la fé en una mano, y la antorcha de la razon en otra, señala los límites del horizonte de ésta, y la armónica concordancia que tiene con aquella.

Leed sus obras, estudiadlas, profundizadlas, y de seguro sereis de mi opinion.

No es mi intento hacer un extracto de ellas; para analizarlas, serian necesarios muchos volúmenes; trato sí de escitar la aficion á su lectura; bien persuadido, que en ella encontrará el espiritu un nutrimiento sólido y sustancioso. Algunos rasgos sobre sus obras clásicas y maestras, tan ricas de fé, de bellezas y de filosofía, serán bastantes á dar á conocer el relevante mérito que las distingue.

PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO.

Derrotada la mentira religiosa siempre que se habia atrevido á luchar con la verdad católica; vencido el error en cuantos terrenos se habia presentado á lidiar con el Catolicismo; en el siglo XVIII y lo que llevamos del XIX, ha cambiado de forma segun tiene de costumbre; ha elegido nuevos terrenos en los que creia asegurada la victoria. Abandonadas las disputas teológicas en que siempre salió mal parado, ha llamado en su ausilio á las ciencias humanas para que le ayudasen á derrocar el Catolicismo. Preguntadas empero las ciencias, han respondido en favor del Catolicismo; cuanto estas mas estudian y profundizan, mas armonía se descubre entre ellas y la doctrina Católica. El Emmo. Wiseman y el diligente y laborioso Serres, recogiendo las observaciones de sàbios investigadores, han puesto fuéra de duda esta verdad.

La filosofía del siglo XVIII acusó al Catolicismo de arido y estéril; Voltaire con su acostumbrada chocarrería, con satánica burla, dejó caer sobre el Cristianismo el sarcasmo y el ridículo; con la influencia que ejercia sobre su

frívolo siglo, hizo creer á la turba de aduladores que le rodeaban, que el Cristianismo apoca el espíritu, seca el corazon, embota la sensibilidad, comprime con estrecho círculo de hierro el entendimiento, y que falto de bellezas y de poesía, solo podia agradar á espíritus débiles, almas vulgares y corazones helados.

Cuando la impiedad levantaba erguida la cabeza, creyendo haber enterrado la Religion, apareció el Genio del Cristianismo, este incomparable libro que no se acierta á dejar de las manos; este libro que siempre se encuentra mas bello; este libro que vindica el honor de la Religion ultrajada, que nos la presenta la mas hermosa, la mas perfecta, la mas poética, que nos la presenta descendiendo de los Cielos para hacer las delicias de la tierra; este libro en fin que tanto contribuyó á la reaccion religiosa de la atea Francia.

Embotadas las armas del ridículo, fabrícanse otras nuevas para herir al Catolicismo. Vuélvese la vista atrás, pásase revista á los cambios que han experimentado las sociedades, nótanse las mejoras que se han desarrollado en la Europa, invéntase una fórmula para espresar estas mejoras, y por todas partes resuena la palabra *civilizacion*. Un hombre de un mérito distinguido se apodera de ella, reune en torno suyo algunos jóvenes ansiosos de aprender, y en algunas lecciones continuadas les describe la historia de la civilizacion Europea. El libro del Guizot adquiere celebridad, y el autor se hace lugar en el catálogo de los profundos publicistas. Balmes à quien tanto gustan los estudios sérios, principalmente cuando estos tienen por objeto la Religion y la humanidad, estudia la obra de

Guizot; mas no le satisface; la historia no siempre dice lo que el publicista frances le hace decir; este padece equivocaciones de cuantía en lo que dice relacion al influjo del Catolicismo sobre la civilizacion Europea. Para deshacer estas equivocaciones, y defender al Catolicismo de las inculpaciones de fautor del despotismo, enemigo de la libertad, de profesar algunos principios disolventes y antisociales escribe el ***Protestantismo comparado con el Catolicismo.*** Obra inmortal que atrae las miradas de los primeros talentos de Europa, y coloca á su autor al lado de ellos: una de aquellas obras que forman épcea en los anales literarios. El Protestantismo comparado con el Catolicismo es la verdadera historia de la civilizacion Europea, que deja muy atras á la de Guizot. En las lecciones de este célebre escritor, al lado de observaciones delicadas y filosóficas, se encuentran á menudo inexactitudes, vaguedad, confusion y contradicciones. En la de Balmes todo es exacto, todo verdadero; la filosofía y la historia estan acordes en atribuir al Catolicismo todos los buenos elementos de que és poseedora la civilizacion moderna.

Como al protestantismo se le habia dado un influjo preponderante, Balmes lo compara con el Catolicismo; examina el orígen, naturaleza y principios de los dos combatientes, y á la luz de este exámen filosófico, se descubre el orígen divino y principios civilizadores del Catolicismo, al paso que el orígen bastardo y principios disolventes de la reforma. Leyendo el libro de Balmes vereis, que la Cruz que se levanta en la cima del Golgota, és el grandioso monumento de la civilizacion moderna, és el árbol magestuoso que estendiendo sus ramas sobre las Islas y

los Mares derrama á torrentes la sávia civilizadora de que está cargado, que inoculándose esta en las venas de la sociedad, la renueva de un modo prodigioso, sacándola del abismo en que la habian precipitado los errores de la idolatría: vereis que á proporcion que se estiende la semilla católica, vá produciendo abundantes frutos, se vá aboliendo la esclavitud, ocupa la muger el rango que le corresponde, mejora el individuo, mejora la familia, mejora la sociedad, mejora la legislacion, desaparecen las escenas sangrientas y degradantes, se regenera la organizacion política y se suavizan las costumbres: vereis como en la ruina del Imperio Romano, en que todo cae con estrepitoso ruido, permanece solo el Catolicismo, firme sobre su eterno pedestal, para hacer frente al Gigante del Septemtrion: vereis, como el Catolicismo amansa las fieras costumbres de las hordas Tártaras y Escitas, vaciándolas, digámoslo asi,en un nuevo molde, en el molde Católico: vereis, en la edad media oponerse el Catolicismo con todas sus fuerzas á la ignorancia, barbarie, superstición y fanatismo: vereis, llegada la época de la reforma, como ésta léjos de acelerar, hace retroceder la civilizacion, desviándola del verdadero camino por donde la hacia marchar la Iglesia Católica: vereis, como apesar de los esfuerzos del Protestantismo, la Iglesia Católica consigue continúe progresando la civilizacion; vereis, que cuanto de bueno hay en esta todo és debido al Catolicismo; siendo culpable la reforma de los grandes errores, de las grandes calamidades de que está acompañada la que con tanto énfasis se llama ilustracion del siglo XIX: vereis, como en los espantosos, cataclismos que ha sufrido el gé-

nero humano, la Iglesia Católica desde su fundacion ha sido la verdadera arca de salvacion, ha sido el centro y el foco de toda luz que viene á iluminar al mundo. Entre estas ideas culminantes del gran libro de Balmes, vereis desfilar otras muchas cuestiones de suma importancia. Vuelvo á repetirlo: quien desee aprender la verdadera historia de la civilizacion moderna, no la busque en la de Guizot; muchos de los asertos de este escritor son antifilosóficos, y no pocos son tambien antihistóricos; búsquela en el libro de Balmes, y allí la encontrará; allí tambien hallará trazada con valientes plumadas y elocuentísimos rasgos la historia de los inmensos beneficios prestados en todos tiempos por la Iglesia Católica á la humanidad; y últimamente hallará la vindicacion de cuantos ataques se le han dirigido.

Nadie tendrá por escesivos estos elogios cuando sepa que uno de los mas profundos apologistas de la Religion, y el primer teólogo del siglo, el autor de los estudios filosóficos sobre el Cristianismo, y el sábio P. Perrone recomiendan de un modo especial la obra de que nos vamos ocupando.

¿Y què mayor recomendacion puede hacerse de esta obra, que ponerla al nivel de las grandes epopeyas que cuenta la verdad católica contra la mentira religiosa? La Ciudad de Dios de San Agustin es la epopeya del Dios de los Cristianos contra los Dioses de la fábula; la historia de las variaciones de las Iglesias protestantes de Bosuet, es la epopeya del Catolicismo contra el Protestantismo teológico; el Génio del Cristianismo de Chateaubriand es la epopeya del Catolicismo contra la impiedad y licencia fi-

losófica; pero á estas hay que agregar otra no menos brillante, la epopeya del Catolicismo contra el Protestantismo social; y esta grande epopeya es el ***Protestantismo comparado con el Catolicismo de Balmes.***

EL CRITERIO.

Con este modesto título dió á luz Balmes un libro que en su linea no tiene igual; un tratado de lógica con lo que ninguna otra se puede comparar. Desde Aristóteles hasta nuestros dias son miles los volúmenes que se han escrito sobre el arte de pensar; pero me atrevo á afirmar que ninguno tan apropósito como el *Criterio*. En los demas se manifiestan con mas ó ménos claridad las operaciones del entendimiento, se analizan las ideas, los juicios, los discursos, todo lo que se encierra en la palabra pensamiento; se dán reglas para el mecanismo y formacion de los silogismos, se esplica y aclara el significado de muchas voces que han de servir para ulteriores estudios; no negaré que todo esto pueda tener su utilidad; sí empero negaré sean unas verdaderas lógicas. El objeto de esta facultad debe ser siempre preparar al entendimiento un camino recto y llano que conduzca á la adquisicion de la verdad; yo no encuentro en ellas sino doctrina ideológica y psicológica; Locke, Condillac, Laromiguiere y los Solitarios de Port—Royal ¿ qué han hecho sino describirnos con mas ó menos método, con mas ó menos exactitud las facultades del espíritu y su modo de

funcionar, no de otra suerte que lo hacen los fisiólogos con el organismo animal? El nuevo órgano de las ciencias de Bacon, el método de Cartesio y las luminosas reflexiones del teatro crítico de Feyjoo, son mas conducentes para dirigir al entendimiento en sus investigaciones, que el ensayo de Locke y la lógica de Condillac.

Balmes sobreponiéndose á las ideas vulgares, y dando muy poco valor á los preceptos sumulísticos, escribe el *Criterio* que señala las naturales y verdaderas reglas que deben observarse, el camino que el entendimiento debe seguir tanto en sus juicios especulativos, como en sus juicios practicos, y los escollos que debe evitar para no precipitarse en funestos errores. Recomiendo mucho la lectura de este bellísimo libro, y la recomiendo á toda clase de personas, porque á todos puede ser muy útil. A la delicada filosofía que encierra, al sólido método que propone para la educacion del entendimiento y la voluntad, se agrega tal amenidad literaria, unas evocaciones históricas tan oportunas y escogidas, una diccion tan elegante y poética, tanto gusto y bellezas, que apesar de que las materias de suyo son abstractas, cree uno á veces estár leyendo los mas brillantes trozos de algun poéma épico.

CARTAS DE UN ESCEPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Una de las mayores plagas de nuestros tiempos és la indiferencia y escepticismo religioso, que atento solamente á los goces materiales y del momento, no se cuida del

porvenir, ni piensa en lo que podrá acaecer mas allá de la tumba. Para contener los progresos de tan contagioso virus, publica Balmes las *Cartas á un esceptico en materias de Religion*, obra digna de figurar entre las mejores apologías. Estas cartas pueden considerarse como un modelo de estilo epistolar, y como un tesoro de ricas meditaciones. Amenas por el giro agradable que sabe darlas; por los hermosos colores con que las viste; sólidas y sustanciosas por la abundancia de alta filosofía que en ellas derrama; é interesantisimas por los asuntos sobre que versan, en todos tiempos serán leidas con gusto hasta por los mas indiferentes.

¿Teneis qué rozaros con hombres para quienes toda religion es una farsa, preciándose sin embargo de filósofos despreocupados, tolerantes y justos, preciándose de que jamas fallan sin haber hecho antes un exámen concienzudo y detenido? pues con algunas cartas de Balmes podreis convencerlos de frívolos y superficiales; podreis convencerlos del ningun estudio que han hecho sobre los problemas que mas deberian interesarles. ¿Tropezais con otros que os repiten hasta el fastidio los trillados argumentos que se hacen á los terribles misterios de nuestra veneranda Religion? pues en las cartas de Balmes hallareis pulverizados aquellos argumentos. ¿Os sentis heridos de dolorosa inquietud por no poder dar una respuesta satisfactoria á las voces que de cuando en cuando oís resonar en vuestro interior, oponiendo dificultades á las verdades de fé en que os instruyeron en la niñez ? pues las cartas de Balmes disiparán aquellas dificultades y acallarán aquellas incom-

modas voces. ¿Encontrais tal vez con un pedante tan pagado de sí mismo, que afectando un tono magistral, y previniéndoos que quizá no entendereis su idióma, os hable con énfasis de no sé qué nuevos prodigios de filosofía que promete reformar la ciencia y la Religion? pues las cartas de Balmes os dirán á que se reduce ese símbolo filosófico. En ellas vereis, que la nueva torre que se trata de reconstruir, es una verdadera torre de Babel, la confusion de las lenguas, el trastorno de toda ciencia. Ultimamente, si deseais ver abierto y patente el corazon humano, desdoblados todos sus pliegues, manifiestos los rincones en donde anidan sus innumerables pasiones, esplicados todos sus cambios y opuestas afecciones, todo esto os lo enseñará Balmes en sus *Cartas á un Escéptico en materias de Religion.*

FILOSOFÍA FUNDAMENTAL.

Cuando en España apenas se tenia noticia del movimiento filosófico que tan rápido se manifestaba en Alemania y Francia, Balmes estudia las obras de los que en Francia y Alemania eran tenidos por los oráculos de la filosofía. Ansioso de que en la Península se estiendan los estudios sérios, y temeroso por otra parte de que se introduzca una filosofía plagada de monstruosos errores, para conseguir lo primero y evitar lo segundo, escribe la *Filosofía fundamental*; obra imperecedera, monumento el mas grandioso del ingénio humano. Kant, Fitchte, Sche-

lling, Hegel, Cousin, desdeñando admitir las ideas comunmente recibidas acerca de Dios, del hombre y del universo, pretenden esplicar todo esto de un modo satisfactorio. Remóntanse á espacios imaginarios, fundando en ellos sistemas misteriosos é ininteligibles.

Tan oscura y estraña ontología llama la atencion de Balmes; y ni la altura en que han sido erigidos aquellos edificios, ni la densa niebla que los envuelve arredran su robusta inteligencia; atraviesa iluminando aquellas tenebrosas regiones; las luces que derrama en su tránsito nos permiten ver un edificio pomposo y de colosales dimensiones sí; pero hueco y sin fondo alguno, cual un globo de papel que sube por los aires. Examina el cimiento, el cuerpo, la cúpula y chapiteles del vasto edificio; y con su vista perspicaz descubre por cimiento el Escepticismo, el Panteismo por cuerpo, y por cúpula y chapiteles el Ateismo: al soplo empero de su delicado analisis, caen por tierra la filosofía trascendental de Kant; el absolutismo de Fitchte, el Eclecticismo de Cousin y los absurdos criterios de Vico y Lamenais. No se contenta con esto: sabe que lo mas dificultoso suele ser edificar, y tambien edifica. El jóven sacerdote Español en la ***Filosofía fundamental***, se alza á lo mas encumbrado de la ciencia ideológica y psicológica: removiendo escombros y ruinas, descubre la sólida y anchurosa basa sobre que debe descansar el magestuoso edificio de los conocimientos humanos; y midiendo con ajustado compas el espacioso campo de estos, señala los confines, las columnas del saber humano, que á nadie és lícito traspasar. Los principios universales, las ideas matrices y generadoras, todo se en-

cuentra en la obra de Balmes. Balmes examina detenidamente todas las cuestiones metafísicas que han sido objeto de las mas elevadas mentes, de los mas grandes ingenios. Lo infinito, la sustancia, la cantidad, el espacio, el tiempo, la unidad, el número, la estension, el ente, el mundo visible é invisible; en una palabra todo lo que se encierra en la filosofía trascendental, todo lo escudriña Balmes; pero con una claridad tal de que parecian incapaces asuntos tan abstractos; con tal exactitud analítica que en vano buscareis en otros escritores. Lo repetiré; uno de los monumentos mas grandiosos del ingenio humano es la *Filosofia fundamental de Balmes.*

FILOSOFÍA ELEMENTAL.

Si el buen método y la claridad son las dotes que constituyen el mérito de las obras elementales, pocas serán las que reunan estas cualidades en el grado que la *Filosofía elemental* de nuestro escritor. Todo lo mas importante de la lógica, estética, ideología, gramática general, psicologia, teodicea y filosofía moral se halla espuesto en ella con claridad y método inimitables. En ninguno de estos diferentes tratados se ventilan aquellas inútiles cuestiones que llenan mucha parte de los escritos de esta clase; todo es jugoso y sustancial. Aun se le puede señalar otra recomendable cualidad. Esta obra sin dejar de ser elemental, es en algunos puntos de alta filosofía; léase detenidamente la estética y gramática general; medítese sobre su

ontología, y fácilmente se reconocerá en las delicadas observaciones de que abundan estos tratados al autor del Criterio y Filosofía fundamental.

Muchos hombres amantes de la gloria de su patria, observando se andan rebuscando hasta en el estrangero obras elementales que sirvan de testo en los Institutos de 2.ª enseñanza y Universidades, se estrañan y con razon, no haya sido incluida en la lista la filosofía elemental de Balmes, obra nacional que aventaja á otras de su clase. Yo me atrevería á suplicar al Ministro de Instruccion reparase esta falta para lo sucesivo.

ESCRITOS POLÍTICOS.

»Sobre la negrura de la atmósfera tempestuosa á donde »retumba el trueno y serpea el rayo, hay una region se»rena y apacible iluminada por los resplandores del astro »del dia: asi, sobre la política de las pasiones, está la po»lítica de la razon, y sobre los intereses particulares y de »momento, los gratos y duraderos; sobre la insidiosa ma»la fé, el candor de la sincéra verdad.

Estas hermosas palabras de nuestro ilustre escritor revelan la grandeza de alma que ostentaría al ocuparse de las cuestiones políticas y sociales que en España venian agitándose. La coleccion de sus escritos políticos que comprende los brillantes números del *Pensamiento de la Nacion*, que periódicamente salian de su fecunda pluma para ilustrar la opinion pública, es una prueba incontrastable de que la política de Balmes fué siempre, no la política de las

egoistas pasiones, sino la política de la razon.

En un tiempo en que el espíritu de partido cegaba, las preocupaciones ofuscaban, y las esperanzas y temores alucinaban; Balmes ni se ofusca, ni se alucina, ni se ciega. Ningnna rastrera pasion tiene cabida en su hidalgo pecho. Al tratar los delicados asuntos que tanto pudieran influir en el bien ó mal estar de la sociedad, ni el interes, ni la ambicion dirigen su pluma: para él es desconocido el diccionario de las personalidades. Ataca con nervio las cosas y los malos principios, sí; pero ¡con qué respeto, decoro y templanza habla de las personas! á nadie adula; á ningun partido alhaga; á todos descubre la verdad; y aunque amarga, sabe propinarla con tal mesura, que ninguno se considera ofendido. Como Balmes no es escitado por indignas pasiones, ni cegado con la polvareda que snelen levantar las tempestades de la animosidad y espíritu de partido, vé clara y despejadamente todos los objetos que vagan en el horizonte de la política.

Dotado de aquella fuerza intuitiva que caracteriza los verdaderos ingenios, se diria no que discurre sino que vé. Nada se escapa á su penetrante mirada.

La coleccion de cuanto habia publicado sobre política, debe considerarse como un curso completo en que pueden aprender mucho aun los mas aventajados en esta ciencia. No es precisamente una obra de circustancias; muchas de sus luminosas reflexiones tendrán aplicacion en todos tiempos y lugares. Pensamientos elevados, grandiosas y vastísimas miras, medios acertadísimos, fines rectos, todas estas dotes resaltan en aquellos escritos. En ellos se admira al profundo filósofo que se remonta al examen de las cau-

sas que han podido influir en los cambios y asombrosas peripecias que han mudado la suerte de las naciones; al profundo publicista que atina con los medios mas justos y adaptables á las terribles circunstancias que atraviesa la Europa; al profundo político que adivina los pensamientos é intenciones de los mas reservados diplomáticos; que penetra los secretos de los gabinetes, que pronostica sucesos y preve escenas en que nadie piensa.

Todo el que leyere sus escritos políticos sin prevencion, sin pasion, con sincéro deseo de encontrar la verdad; en ellos la hallará; y convencido de la fuerza de sus razonamientos, esclamará: asi es: esto es cierto: esto es lo que debe hacerse: esto debiera haberse hecho.

¿ A quien en efecto no persuaden las razones aducidas por Balmes para probar lo que se propone ? ¿ quién no reprueba las disposiciones gubernamentales que reprueba Balmes ? ¿ quién al terminar la lectura de cualquiera de sus artículos, no dice lo que decia Voltaire de las tragedias de Racine: bello: admirable: pasmoso ?

RELIGION DEMOSTRADA AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

Balmes, cuyo celo y laboriosidad se emplearon en ilustrar y hacer la felicidad de las clases todas de la sociedad; no podia olvidarse de la edad infantil, tan débil y menesterosa. Conociendo que al hacer los niños su entrada en el gran mundo, indispensablemente habian de rozarse con hombres, cuyas doctrinas pudieran estraviar su docil en-

tendimiento y corromper su inocente corazon; con hombres superficiales é impíos que viciando lo que saben, y blasfemando lo que ignoran, no cesan de ridiculizar, y combatir la Religion; conociendo por otra parte que los niños, como tiernos arbolitos, podrian inclinarse al menor vientecillo, si no estan profundamente arraigados en los rudimentos de su Religion; escribe para ellos la ***Religion demostrada al alcance de los niños:*** don preciosísimo que les regala, para que bien cimentados en los fundamentos de credibilidad puedan sostenerse firmes á pesar del viento impetuoso de la irreligion.

Los niños han aprendido de sus padres y maestros que hay un Dios, omnipotente, santo, justo, providentísimo, infinito en perfecciones. Mil veces han repetido que el alma no muere con el cuerpo; que á esta vida fugaz y pasagera sucederá otra de eterna duracion; que la virtud será recompensada con gloria inefable, y el vicio castigado con tormentos sin fin; que sola la Religion católica está marcada con los caractéres de la verdad y divinidad; y que todas las demas en que se halla dividido el mundo son erróneas y falsas. Pero la infancia, falta de una instruccion fundamental, no puede darse razon de todas estas cosas. Pues Balmes ha reparado esta falta; ha llenado el vacío que se notaba en esta parte; en la ***Religion demostrada al alcance de los niños***, están sucinta pero vigorosamente espuestos todos los fundamentos de credibilidad, que tiene el católico para abrazar su Religion. Con este librito tiene el niño bastante á mantenerse firme en sus creencias, convencerse del orígen celestial del Catolicismo, y resistir la seduccion de los apóstoles de la impiedad.

La generacion actual peca de incrédula; estamos palpando las funestas consecuencias de esta plaga. Los hombres de mas notabilidad han llegado á conocer que el único medio capaz de salvar las sociedades que van caminando á su ruina, es el retorno á la Religion abandonada: confiesan y no cesan de predicar la necesidad de que la juventud reciba una educacion religiosa; se nutra y penetre bien de los principios del Catolicismo. Mas si la juventud antes de ponerse en contacto con la actual generacion no se halla bien prevenida y fortificada, de temer es que respirando una atmósfera contagiada, se contagie tambien. Para prévenir este contagio es muy apropósito esta obrita de Balmes; nunca será bastantemente recomendada; nunca será bastantemente leido por los niños este librito de oro. Los padres y maestros que deseen á sus hijos y discípulos una sólida instruccion religiosa, haganles manejar dia y noche la *Religion demostrada al alcance de los niños*.

PIO IX.

La muerte de Gregorio XVI vino á complicar mas y mas los negocios que tan agitada y revuelta traian la Europa. Redoblaronse los temores por un suceso que anunciaba una vacante larga, y por las funestas consecuencias de ella: mas la pronta y sorprendente promocion del Cardenal Mastay Ferreti á la Cátedra de San Pedro, desvaneció algunas ilusiones, temores y esperanzas: no tardaron empero en asomar otras esperanzas, otros temores, otros cál-

culos. El nuevo Papa no sigue la marcha de su glorioso predecesor; inaugura una nueva política; ensaya reformas; abre las puertas á los reformadores proscriptos y pone el mundo en espectativa. En la política de Pio IX ven unos un mal, otros un bien. Quien le acusa de candoroso y seducido; quien de afecto á las innovaciones peligrosas, y quien de hombre grande é ilustrado que conocedor de la situacion de Europa, se coloca al frente de las mejoras progresivas. En las conversaciones, en los periódicos, en las asambleas, en todas partes se habla con calor de la política del Pontífice; mas en los periódicos, asambleas y conversaciones se echa de ver, que la mayor parte son movidos por miras interesadas, por espíritu de partido. Pocos son los que se cuidan de escudriñar las circustancias, las causas, el porqué de la marcha reformadora que emprende el nuevo Papa. Los unos dicen: el Sumo-Pontífice se pone á la cabeza del movimiento que debe mejorar la suerte de las naciones; y alaban y aplauden. Los otros dicen: el Sumo Pontífice se pone del lado de la revolucion que tanta sangre y calamidades ha derramado; que tantas heridas há abierto en la Iglesia; que tan funesta há sido á la Religion y á las sociedades; y temen y critican.

En este movimiento general, Balmes no podía permanecer en quietud. Balmes en esta gran cuestion hace lo que siempre: examina, estudia, medita, combina; y anuncia que va á emitir su opinion. ¿De qué parte se pondrá el célebre publicista? se preguntan todos. ¿Aprobará ó reprobará la conducta del Vicario de Jesucristo? En esta incertidumbre Balmes publica el opúsculo *Pío IX*,

en el que ni está de parte de los que aplauden; porque sus aplausos son inmotivados; por que Pío IX no és revolucionario; ni está de parte de los que censuran; porque és infundada su censura; porque Pío IX no és revolucionario.

Olvidense todas las démas producciones de Balmes; este solo opúsculo és bastante á darle renombre inmortal. Opúsculo pequeño en volúmen, pero de un valor inestimable; grande por sus formas, mas grande todavía por el fondo: último cánto de un Cisne próximo á morir. El primer escrito de Balmes es una defensa del Clero Católico, particularmente del de España; su último escrito és una defensa de la cabeza de la Iglesia universal, del Gefe de todo el Clero. Al leer este opúsculo, tiene uno que interrumpir á veces su lectura, dejarlo caér de las manos y esclamar con entusiasmo: bello, admirable, pasmoso; tiene razon; és convincente.

ESTILO.

Hay hombres de prodigiosa erudiccion, de vastos conocimientos, de conceptos elevados: pero infelices en su produccion, áridos y secos en su espresion. Si estos hombres publican algun escrito, aunque derramen abundancia de doctrina; el desaliño del estilo retrae de su lectura; mas no asi nuestro escritor. Si admira y asombra su nervioso raciocinio, su vigorosa lógica, la profundidad de sus pensamientos; si pasma su actividad intelectual: su estilo embelesa, encanta, entusiasma, arrebata. Por ári-

do que sea el asunto de que se ocupa, sabe hacerle producir frutos envueltos en vistosas formas. Balmes no tiene un solo estilo; todos los ensaya, de todos participa. Ora despliega las riquezas del Asiático, ora recrea con la florida amenidad del Atico, ora hiere con la sentenciósa concision del Lacónico. Las voces de que hace uso, son puras, castizas y selectas; sus frases propias y oportunas; sus periodos llenos, numerosos, musicales; sus imágenes, descripciones y comparaciones, hermosas, brillantes, poéticas; pero de una poesía que instruye deleitando. Si alguno há sabido cumplir el precepto del lírico romano uniendo lo útil con lo agradable, Balmes há sido. En sus escritos no se hallarán pensamientos falsos, ni palabras vacías: tan distante está de la afectada y relumbrona poesía, como de la pedestre y desaliñada prosa. En una parte lo notareis tierno y sentimental como Virgilio; en otra fuerte y fogoso como Homero y Bossuet; aqui tan suave y ameno como Fenelon: allí tan impetuoso como Demóstenes, y siempre tan insinuante y atractivo como Ciceron. Las cuestiones tusculanas, y las cartas del Orador Romano ¿están por ventura dispuestas con tanto artificio como el Criterio y las cartas á un escéptico de Balmes? ¿las filipicas del orador griego son tan valientes é impetuosas como algunas de las que Balmes dirige á nuestros gobernantes? Siempre encanta la diccion pura y elegante, que campea en todos sus escritos, pero cuando á veces se le vé alzar el vuelo, subir hasta la cima del Parnaso, y tomar alli la trompa epica, arrebatado uno por el placer no puede menos de esclamar; bello, admirable, pasmoso.

VINDICACION DE SUS ESCRITOS

Nadie niega ser acreedor Balmes á los mayores elogios. Todos convienen en que el autor del Criterio, Filosofía fundamental y del Protestantismo, es una de las mas brillantes lumbreras de España, es el sábio del siglo XIX. Mas al ocuparme de Balmes, no ha sido mi principal objeto el dar á conocer el distinguido mérito que todos le conceden: ha sido el defenderlo de las impugnaciones que han sufrido algunas de sus producciones; por que tambien á Balmes, como á todos los grandes hombres han perseguido la envidia y la ignorancia. Tambien Balmes ha sido blanco de mordaces sátiras. Conozco que para hacer una digna apología, menester era tener los talentos que distinguian á tan preclaro ingenio: mas como quiera que esto no sea posible, tomo á mi cargo el vindicarlo de cuantas acusaciones se le han dirigido. Me ha impulsado á hacer esta vindicacion la consideracion de que, si bien muchos reconocen en él una capacidad estraordinaria, y lo citan como un grande apologista de la Iglesia y la Religion, hay no pocos se lastiman y con-

duelen de que haya resbalado en algunos terrenos, dejándose llevar de la corriente de ciertas ideas poco sanas. No: esto no és exacto: Balmes no ha merecido semejantes inculpaciones; Balmes siempre se ha colocado de la parte mas racional. Balmes en todas sus obras puede ser leido con seguridad completa. Las glorias de Balmes deben aparecer y pasar á la posteridad sin tacha alguna. Esto es lo que yo pretendo; á esto aspiro. Si consigo hacer ver que los impugnadores de Balmes han procedido con ligereza y precipitacion en sus ataques; que estos son infundados, se habrán llenado mis deseos; y no será pequeña gloria para mi el haber contribuido á que en nada se rebaje la que es la mayor gloria de la España de nuestros tiempos.

IMPUGNACION DEL SEÑOR XIMENA.

Una obra que sorprendió y admiró primeramente la España, y despues toda la Europa; una obra leida con avidez y con pasmo por los amantes de escritos sólidos; una obra aplaudida por las mejores plumas, en cuyo elogio se han derramado muchos S.S. Obispos; una obra traducida en los principales idiomas de Europa; el Protestantismo comparado con el Catolicismo, en que como dice D. Manuel Martinez en la oracion fúnebre de Balmes, campean á la vez las dotes del teólogo, del moralista, del filósofo, del controversista, del historiador, del publicista y del literato; há dado motivo á D. Juan Miguel Ximena para dirigir una filípica á nuestro esclarecido escritor. Si esta obra enseñase alguna doctrina peligrosa, muy oportuna y aun necesaria fuera la impugnacion de ella, por la misma razon de ser tan aplaudida, admirada y leída. Mas ni el Protestantismo enseña doctrinas peligrosas, ni el autor es merecedor de las calificaciones con que el señor Ximena trata de menoscabar la justa reputacion de aquel. El señor Ximena no ha debido

gastar tanto tiempo y papel en impugnar una cuestion adiáfora, ni el modo con que lo hace honra mucho al impugnador.

¿Cuál es el punto vulnerable de la obra de Balmes? ¿Cuál es la doctrina que el sábio publicista enseña, y que el señor Ximena llama antisocial é irreligiosa en su brusca impugnacion? Veamoslo.

Sabido es que los modernos reformistas se han coligado entre sí para relajar y romper los vínculos conque están unidos los miembros de la sociedad. Para conseguir sus anárquicos intentos, han presentado á los depositarios del poder como unos tiranos que ninguna culta sociedad debe tolerar. Han supuesto que el poder de que se creen investidos, es una usurpacion de los derechos del pueblo, en quien esencialmente reside la soberanía. Persuadidos de que el Catolicismo seria el enemigo mas formidable con quien tenian que lidiar, lo han presentado como fautor del despotismo, y opuesto á la libertad de los pueblos: han repetido que el origen divino que los católicos atribuyen al poder civil, es una rémora que impide la marcha progresiva de la civilizacion, y ha tenido encadenadas á las sociedades sin dejarlas disfrutar los beneficios que debiera producir la libertad. Bien convencido Balmes de que esta anárquica bandera contaba muchos adeptos en Europa, é iba aumentándose el número de sus prosélitos en España, y tratándose por otra parte de un ataque directo contra la Iglesia Católica, se apodera de la cuestion; la mira de frente; aclara lo oscuro; ilumina lo tenebroso; deslinda lo que debe estar separado, y en su lógica invencible se estrellan los tiros que se asestan al Catolicismo.

Combatiendo el falso y pernicioso sistema de Rouseau, prueba contra todos los enemigos de la sociedad y del orden, que el poder civil viene originariamente de Dios, que nadie tiene el derecho de insurreccion, que quien resiste á las autoridades, resiste al mismo Dios. La sana filosofía viene á confirmar esta doctrina que Balmes apoya en la sagrada escritura, Concilios, santos Padres, é insignes teólogos. Hace mas: para quitar todo pretesto á los adversarios, y para que no se atribuyan á la Iglesia dogmas que no se encuentran en su símbolo; la Iglesia, dice, no ha dado su fallo sobre la cuestion que entre los doctores se agita, si el poder civil viene mediata ó inmediatamente de Dios. Los doctores en este punto están divididos; la Iglesia no ha decidido dogmáticamente.

Como el intento de nuestro hábil publicista es defender al Catolicismo de los infundados cargos que se le hacen, aduce los testos de eminentes teólogos que sostienen la comunicacion mediata: que es como si dijera: tan lejos está la Iglesia Católica de enseñar que Dios designe las personas y les conceda una bula de institucion; que muchos de los teólogos católicos defienden que Dios comunica inmediatamente la potestad à la multitud, y mediante esta, á una ó muchas personas segun la forma de gobierno establecida. En este concepto cita y debe citar las autoridades y razones en que se fundan aquellos teólogos; sin que sea una falta el haber omitido los teólogos contrarios à esta opinion; porque Balmes no se proponía resolver la cuestion debatida, sino solamente poner de manifiesto lo que la Iglesia enseña dogmáticamente.

Hé aquí reasumido todo lo que Balmes dice sobre la potestad civil, y en donde el señor Ximena vè principios antisociales. ¿Donde está, preguntaré yo, la doctrina peligrosa que predica Balmes? Supongamos que nuestro escritor defiende la comunicacion mediata, y la defiende con todo el vigor de su nerviosa lógica ¿se parecerían por esto las especies y [tratados de Balmes á las de Machiavelo y Hobbes, como se atreve á estampar el señor Ximena? ¿Quién no se siente indignado al saber que se ha llegado al estremo de afirmar que Balmes por adquirir nombradía entre el vulgo y chusma sofística, prefiere aparecer mas político que cristiano, y mas adicto á Rouseau que á Jesucristo? ¡El impugnador perpetuo de Rouseau y de Voltaire, y de Machiavelo, y de Hobbes, y de todos los impíos ¡adicto á Rouseau! ¡Balmes que hasta en sus escritos políticos y filosóficos aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para openerse á las malas ideas y abogar por la Religion! adicto á Rouseau! Es á lo que puede llegar la obcecacion.

El Protestantismo comparado con el Catolicismo ha sido traducido en lengua Italiana; y ni el microscopio, Romano, ni el microscopio Jesuitico han visto en él al discípulo de Rouseau, ni los principios disolventes que le atribuye el señor Ximena. El señor Ximena ó debe ser mas lince, ó debe ser mas ortodoxo que el P. Perrone, que elogia toda la obra sin reprobar capítulo alguno de ella. El señor Ximena por su mismo honor debiera recoger unas espresiones tan altamente injuriosas, debiera rasgar las páginas de su *Historia y disciplina particular de la Iglesia de España*, que tanto ofende la religio-

sidad del célebre apologista de la Religion; porque no: no es Balmes acreedor á tan duras calificaciones, por inclinarse á una opinion que abrazaron tantos, tan eminentes y piadosos teólogos. Que el señor Ximena se esforzará en probar la comunicacion inmediata, lo concibo, y no lo estrañaría; mas no concibo la saña que manifiesta contra el famoso publicista.

Despues de llamarlo discípulo de Rouseau, censura su estilo, estilo que todos elogian, y le dá con maligna intencion el epíteto de semipoético. ¿Ridiculizará tambien el señor Ximena el estilo enteramente poético de muchos libros de la Sagrada Biblia?

Que no es acreedor, dice, á los elogios que se le tributan, que compone libros con libros, que copia sin discernimiento ni crítica, que no entiende las distinciones de los escolásticos: y ultimamente, como pavoneándose, canta la victoria, y se jacta de haber confundido á su contrario.

Si Balmes compone libros con libros, y copia sin discernimiento ni crítica, pueden decirlo todos los que hayan leido sus obras en un todo originales, y en las que justamente lo que mas resalta és su esquisita crítica. Quien no há entendido el uso que Balmes hace de las distinciones *mediata é inmediata, universal y particularmente*, es el señor Ximena, como me sería fácil provar; dejando esto por no ser molestos, pasemos á lo de las contradicciones.

Para evitar toda confusion asienta Balmes, que por todos los católicos está reconocida la procedencia divina del poder civil; pero que los doctores se han abstenido de decidir *dogmáticamente*, si este poder viene mediata ó inme-

diatamente de Dios: á continuacion cita á Belarmino y Suarez por la comunicacion mediata, y en todo el capítulo XLIX va citando otras autoridades respetables, que sostienen la misma opinion. En esto encuentra el señor Ximena un olvido y contradiccion de parte de Balmes; mas yo creo que solo el señor Ximena que leia de prisa, ó con ojos apasionados notará tal contradiccion. Si el señor Ximena reparase en el advervio *dogmáticamente*, no fuera tan ligero en calificar de olvido y contradiccion lo que es una verdad innegable. Si: verdad innegable es que los doctores católicos no han descendido, anticipándose temerariamente á la autoridad de la Iglesia, á deducir *dogmáticamente* si Dios comunica mediata ó inmediatamente el poder civil; aunque han descendido á ventilar esta cuestion, defendiendo unos la comunicacion mediata, y la inmediata otros, que es lo que espresa y solamente asegura Balmes, sin que nadie pueda negar una verdad tan clara.

Para hacer notar las contradicciones en que incurre Balmes, destina el señor Ximena un artículo separado; por ser tantas, dice, y de la mayor importancia: mas este capítulo dá á entender, que el señor Ximena no ha comprendido bien lo que Balmes ha escrito tan bien.

Repite algunas veces Balmes que salvado el principio fundamental del orígen divino, pueden ser varias las opiniones acerca del modo de trasmitirse el poder civil. El señor Ximena con la seguridad de haber sorprendido á Balmes, esclama: luego la opinion de Belarmino no es verdadera, por que está sugeta á cuestion. Aún cuando Balmes espresamente afirmára que la opinion de Belarmino es verdadera, no por esto habría oposicion alguna entre

sus asertos. ¿No sabe el señor Ximena que los patronos de una opinion la llaman y tienen por verdadera? Si: esto lo sabe muy bien; y lo que hace mas al caso és que el señor Ximena usa la misma fórmula. En el capítulo XVI de su obra se espresa del modo siguiente: *No sucederá asi adoptando la única y verdadera doctrina salvadora para cuyo conocimiento he fatigado al lector en este escrito.* Si la doctrina del señor Ximena está sugeta á cuestion, como és indudable, ¿porqué afirma ser la única *verdadera*? Porque lo és segun sus convicciones: pues del mismo modo debe espresarse Belarmino y todos los que defiendan una opinion cualquiera.

En una parte, dice el señor Ximena, asegura Balmes que esta opinion (la de la comunicacion mediata) no era hija de las circunstancias; y en otra, que las circunstancias en que escribieron Belarmino y Suarez daban importancia á la cuestion: luego Balmes se contradice. No: aqui no hay contradiccion. Cuando Balmes afirma que la opinion de Belarmino y Suarez no era hija de las circunstancias, quiere dar á entender, que aquella opinion no era nueva, que no se originó de las discusiones sobre el Pontificado y poder de los Reyes, puesto que ya en los siglos anteriores había sido sostenida por insignes y piadosos escritores, y por consecuencia no era hija de las circunstancias en que escribieron Belarmino y Suarez; mas esto no se opone á que las circunstancias en que Belarmino y Suarez escribieron, fuesen propias á aumentar la importancia de la cuestion.

Lea el señor Ximena con calma y detenimiento los artículos en que Balmes trata la cuestion sobre el orígen y

transmision del poder civil, y podrá venir en conocimiento de cual es su idea dominante: conocerá que su principal objeto es defender al Catolicismo de las inculpaciones de favorecer la tiranía; que el intento de Balmes es borrar del Catolicismo el ridículo con que los impíos quieren cubrirlo: por esto antes de entrar en materia, se espresa Balmes así: *al oir á ciertos hombres burlándose del derecho divino de los Reyes, diríase que los católicos suponemos que el Cielo embía á los individuos como una bula de institucion &c.* Con la Historia en la mano prueba, que no pueden achacarse á la Iglesia semejantes ridiculeces. Lea el señor Ximena con calma y sin pasion estos artículos, con especialidad el L. y LI., y se convencerá de que Balmes ni los principiós ni las consecuencias de los anarquistas admite; sino es que por el contrario los impugna, los ataca con irresistible lógica, los aplasta con su poderosa clava: conocerá que Balmes no defiende ni la comunicacion mediata ni la inmediata. En prueba de que Balmes no tiene empeño en sostener la comunicacion mediata véa el señor Ximena como termina la nota 3.ª á su tomo 3.º "Repetiré aquí, dice, lo que llevo ya esplicado en el testo: no creo que bien entendida la opinion de la comunicacion inmediata, sea tan inadmisible y dañosa como algunos hán querido suponer; pero como se prestaba de suyo á una mala inteligencia, portaronse muy bien los Católicos combatiéndola en lo que podria encerrar de atentatorio contra el orígen divino de la potestad Eclesiástica"

De todo resulta, que Balmes en su inmortal obra no enseña doctrina alguna peligrosa; que este Aquiles lite-

rario ni aún en el talon es vulnerable.

Harto mas peligrosa encuentro yo una máxima que el señor Ximena estampa sin escrúpulo alguno, como él se espresa. Esta máxima es, que el conquistador de un Reino, República ó sociedad entra á mandarla con poder venido de Dios; porque el dominador en razon á su superioridad de fuerza, emúla para ser acatado la prioridad de tiempo y nacimiento. No: esta doctrina no es verdadera. La sola fuerza física, la fuerza de las bayonetas, jamás podrá dar derecho alguno. Santo Tomas ni en el lugar que se cita, ni en otro alguno enseña doctrina semejante. Si el señor Ximena lee el capítulo LV de la obra de Balmes, verá allí demostrado con la elocuencia propia de este escritor, que el solo hecho no dá derecho, que la fuerza bruta no es la legítima autoridad. Yo supongo que el señor Ximena procurará esplicar en buen sentido aquellas palabras; pero el sentido que de suyo arrojan, se presta á interpretaciones malignas.

IMPUGNACION DEL SEÑOR DON TOMAS MATEO.

A poco tiempo de haber publicado Balmes su célebre Pio IX, publicó Don Tomas Mateo doctor en jurisprudencia un folleto, en el que presenta varias reflexiones sobre los principios políticos de Balmes. Con la misma avidez con que habia leido el Pio IX, leí tambien las reflexiones del señor Mateo; y aun cuando no me prometía ni el nervio del raciocinio, ni la profundidad de conceptos, ni las evocaciones históricas, ni lo seductor del lenguage del autor de Pío IX, esperaba sí mas enlace en las ideas, menos vaguedad en los pensamientos, mas sólidas *reflexiones*, y menos confusion en espresarlas. Creí que quien pretendía lidiar con un gigante literario, y en una palestra en que habían de presenciar la lid millares de espectadores, entraria con lanza pujante y lujosos atavíos. No es así empero: se conoce andubo el señor Mateo muy de prisa al redactar sus reflexiones, pues á la vaguedad é impertinencia de las ideas, à la trivialidad de los pensamientos, se agrega lo pobre y desaliñado del lenguage. Mas no proponiendome examinar el mérito ó demérito literario de las *refle-*

xiones, si solo el fundamento en que el señor Mateo apoya la impugnacion que de Balmes hace; veamos como la desempeña.

Estrénase la vara censoria del señor Mateo, señalando cuatro notabilisimas contradiciones, en que dice ha caido Balmes. No una sino muchas veces he leido los testos que el señor Mateo supone contradictorios, y nunca he podido encontrar la pretendida oposicion. Solamente en la primera hay apariencia de tal: digo apariencia; por que atendido el fin que se propone Balmes, y el sentido que de sí arrojan las palabras, colocadas en sus respectivos lugares, desaparecerá la inconsecuencia. Hagámos el cotejo, y júzguese despues.

Habia dicho Balmes en el pensamiento de la Nacion " creimos en algun tiempo, que habia algo de exagerado en afirmar que conduce al Ateismo el principio de la soberanía del pueblo, y era que no comprendiamos como pudiera haber hombres de tan delirante razon, que llevasen las cosas á un estremo semejante; mas habiendo observado el ensanche que dan muchos congresos al enunciado principio, suscribimos desde luego á la antedicha calificacion, que la experiencia piedra de toque de todos los sistemas, se ha encargado de confirmar con hechos irrecusables;» y en el Pío IX dice; »no se alcanza porque se han de atribuir todos los males de la Religion á las formas representativas."

¿Quién no conoce que Balmes en estos dos lugares lucha con diversos contrarios? ¿Quién no conoce que el fin que se propone en los dos casos no es uno mismo? ¿Quién no conoce que los dos juicios, cuyo sentido debe buscarse en

el contesto, son verdaderos? Ambos verdaderos sí; porque la soberanía popular segun el ensanche que algunos hombres de delirante razon le dán, conduce ciertamente al Ateismo; pues algunos hombres de delirante razon estienden la soberanía popular hasta un extremo que no se pudiera concebir; porque algunos hombres de delirante razon estienden la soberanía popular hasta el extremo de cambiar las formas políticas, cuando al pueblo se le antoje ; de derribar los tronos, cuando al pueblo se le antoje ; de guillotinar á los Reyes, cuando al pueblo se le antoje ; de variar las dinastías, cuando al pueblo se le antoje ; de cerrar los templos, de cambiar la Religion, de mudar la divinidad, cuando al pueblo se le antoje : testigo la Francia, y téstigos despues de ella otros paises de Europa. En este sentido afirma Balmes, conduce al Ateismo la soberanía popular; cuando se la dá un ensanche que no debiera darsele ; cuando es la soberanía popular que predica Rouseau, y muchos de nuestros demagogos. Pero no és menos cierto, que no deben atribuirse á las formas representativas todos los males que há padecido la Religion. Es indudable, que estas formas le han causado males sin cuento; mas el que sostubiese, que cuantas heridas ha recibido la Religion, se las ha abierto el régimen representativo, daría á entender, que ni aún leve tintura de la Historia tiene. ¿Si el régimen representativo produciría las persecuciones de los tres primeros siglos ? Si engendraría las sectas heréticas que se empeñaban en rasgar la túnica inconsutil del inmaculado Esposo de la Iglesia? ¿Si habrá producido el protestantismo? ¿Si el régimen representativo habrá espulsado á los Jesuitas de Portugal,

Francia, España y Napoles? No: la historia maestra de la verdad como la llama Ciceron nos dice, que todos estos males tubieron lugar bajo el régimen absoluto; no causados por esta forma de gobierno, sino por los hombres irreligiosos que nunca dejan de producir perturbaciones.

Habiendo demostrado no ser contradictorios los juicios ya mencionados, tarea sobrado fácil es evidenciarlo en los demas.

"A poco tiempo, dice Balmes, de haberse desencadenado las tempestades, retrocedieron de espanto los mismos que lo hicieron; por que esperimentaron muy en breve que los flacos diques que les habian opuesto, eran nada para contenerlos, y no dejarla pasar del límite prescrito. Esperimentaron que en el orden moral como en el físico, hay ciertas leyes que no és dado al hombre alterar, que no es permitido desentenderse de ellas, sin sufrir los terribles resultados que son el condigno castigo de la malicia ó de la imprudencia." Y en el Pío IX dice "el linage humano, aun en esta vida sobre la tierra, es conducido por la divina providencia á un terreno misterioso, y por caminos ignorados."

Estos dos juicios ambos de fé asegura el señor Mateo ser contradictorios; ¿pero no es cierto, diré yo, no és evidente, no és de fé, que en el órden físico y moral hay ciertas leyes que no es dado al hombre alterar? ¿No és cierto que los que dieron pábulo á la revolucion, los que la mimaron, los que desencadenaron á los revolucionarios, sufrieron el condigno castigo, y esperimentaron en breve no erán bastantes á contenerla los débiles diques que habian opuesto, y que cuando gritaban á la tempes-

tad, detente, no pases de aqui; la tempestad caminaba bramando y derramando desastres por donde pasaba? ¿Y no es tambien cierto, no es evidente, no es tambien de fé, que la providencia conduce al linage humano á un terreno misterioso por caminos ignorados? ¿No lo dice asi la Escritura? ¿No lo atestigua la Historia? ¿No es este el pensamiento de Bossuet en su inmortal discurso sobre la Historia universal? ¿No es este el pensamiento del profundo autor de las veladas de San Petersburgo?

¿Y és posible que á dos proposiciones de fé se las tenga por contradictorias? Ahí está el señor Mateo que asi las llama. Sigamos haciendo el cotejo.

En el Pensamiento de la Nacion dice Balmes "que es sumamente vaga la palabra Monarquía" y en el Protestantismo comparado con el Catolicismo habia dicho, "que el tipo de una sociedad se encuentra en una familia, y que la primera es tanto mas hermosa y suave, cuanto mas se aproxima, tanto en el mando como en la obediencia á la institucion de la segunda.

Tambien aqui ve el señor Mateo una contradiccion; mas yo creo que solo el señor Mateo, y ni aun este, si lee con la debida atencion unas y otras palabras, hallará aqui semejante oposicion.

Todo el que haya hojeado alguna historia ó algun libro de derecho público, convendrá en que la palabra Monarquía es sumamente vaga; que no define una forma de gobierno fija. La Monarquía de los Hebreos no era de la misma forma que la de los Babilonios, Asirios y Persas. Muy distinta era la Monarquía de Constantino de la de los Germanos. La Monarquía Goda no siempre estubo constituida bajo una

misma forma. Monarquías ha habido electivas, Monarquías hereditarias. ¿Tendrá el señor Mateo por unas mismas la Monarquía feudataria de los siglos XIV y XV y las grandes Monarquías nacionales del siglo XVII? La Monarquía se halla establecida en la Gran Bretaña, en Portugal, en España y otros Paises, y nadie dirá que tienen unas mismas formas estas Monarquías. En una predomina el elemento democrático; en otra el oligárquico. Podría multiplicar los ejemplos, tomándolos de todos los siglos; pero no insisto en ello, porque equivaldría á demostrar los axiomas, y principios mas universales.

El que el tipo de una sociedad bien organizada se encuentra en una familia, es tambien una verdad inegable. Si los soberanos se asemejasen á los Padres en el mando, y los gobernados á los hijos en la obediencia, las sociedades serían tan suaves como hermosas; mas como no siempre ni los gobernantes ni los gobernados se amoldan á aquel tipo; hé aqui la causa de las diversas clases de Monarquías, y de las diversas formas de gobierno.

La última contradiccion en que el autor de las *Reflexiones* supone há incurrido Balmes, estriba, en que este en una parte asegura "que si la Sociedad no entra bajo la direccion de un principio regulador y constante, tiembla el corazon y la mente se anubla al fijar la vista sobre la suerte de las generaciones venturas;" y en otra: "no se alcanza como se puede invocar sobre la humanidad el esclusivo predominio de ningun principio político, asi como no concibièramos que pudiera sostenerse la necesidad de construir en todos los climas las habitaciones por un mismo estilo y vestirse de la misma manera; nadie podrá soste-

ner, que una misma forma de gobierno sea la que conviene á todos los paises; pues que la razon, la esperiencia, y la historia demuestran lo contrario."

Yo tambien terminaré por mi parte preguntando: ¿Donde está la contradiccion en estas doctrinas y aserciones? No la véo: la busco, y no la encuentro. ¿Ni como es posible encontrar lo que no existe? Por que no hay que dudarlo: si las sociedades no se apoyan en el universal, constante, fijo y eterno principio de la justicia y de la equidad: si marchan por vias ilegales, pasando por cima de aquel eterno principio, y quebrantándolo á su paso; el corazon tiembla y la mente se anubla al fijar la vista sobre la suerte de las generaciones venturas; al verlas envueltas en horrendo caós: al ver vagar por él inumerables victimas; al ofrecerse á la imaginacion rios y mares de sangre; al entrever el desquiciamiento de las sociedades Europeas; al verlas sumidas en una barbarie mas espantosa que aquella de que las libró el Catolicismo. Por todo esto tiembla el corazon, si las sociedades no entran por el universal fijo y constante principio del Catolicismo, que es el pensamiento culminante de Balmes.

Pero el que esto afirme ¿se opondrá al que asevere que ninguna forma de gobierno debe pretender un esclusivo dominio? No; porque la Monarquía absoluta puede salirse del principio fijo y universal; y el régimen representativo puede entrar en él; porque todas las formas de gobierno pueden abusar de su poder, y quebrantar el eterno principio de la justicia; asi como todas pueden obrar en conformidad de aquel principio.

Si infeliz ha sido el señor Mateo en lo concerniente á

las contradicciones, no es por cierto mas acertada su crítica al impugnar directamente las doctrinas de nuestro célebre publicista.

Congetura el autor de las *Reflexiones*, que los errores políticos de Balmes se derivan de su falsa teoría ó principio fundamental que formula asi: el poder político, debe ser la espresion del poder social; pues que habiendo de reunir la inteligencia, la moralidad, y la fuerza, debe tomarlos donde existan: es decir, de la misma sociedad.

Displicencia grande y justa indignacion siente uno, al ver combatidas unas doctrinas tan sanas y racionales.

No pretende Balmes, que si la sociedad es atea, lo sea tambien el poder civil; que si la sociedad es inmoral, lo sea tambien el poder político; que si en la sociedad cunden ideas demócratas y anárquicas, acelere el poder civil con su impulso aquel movimiento anárquico: no: porque ni el ateismo, ni la inmoralidad, ni la demagogia son la fuerza, la inteligencia y el órden, sino el desorden, la debilidad, y la ignorancia. Lo que Balmes quiere significar es, que los gobiernos no deben ponerse en contradiccion con las buenas ideas de la sociedad, si quieren conservarse y hacer la felicidad de sus gobernados. Lo que Balmes quiere significar es, que si en la sociedad hay grande apego, hay entusiasmo por la Monarquía y la Religion, se robustezca el trono cuanto sea dable, sin ocasionar trastornos, se celebre el culto con pompa y y brillantez, y los Ministros sean atendidos por el mismo gobierno. Lo que quiere Balmes es, que los buenos elementos que haya en la sociedad, la inteligencia, la fuerza y la moralidad sean aprovechados por los sumos imperantes. Lo que Bal-

mes quiere decir es, que los gobiernos no deben oponerse á las ideas predominantes de la sociedad; á las ideas de la generalidad de los hombres pacíficos y de órden; que si en la sociedad se han derramado semillas nocivas, elementos disolventes; se arranquen las malas semillas; se separen los deletereos principios, si; pero con prudencia y suavidad; no sea que por arrancar la cizaña se inutilice tambien el trigo; no sea que, por ganarlo todo, todo se pierda. Este y no otro es el sentido de la máxima de Balmes.

Y que ¿No obran en conformidad de este principio todos los hombres que mas se han distinguido en el manejo de los negocios públicos? ¿Qué sucediera si se obrase en sentido contrario? Que sin conseguir el objeto apetecido, se empeoraría mas y mas la situacion. Si muchos gobiernos de Europa se empeñasen en restablecer en la actualidad el absolutismo ¿no habría una terrible resistencia á este restablecimiento? ¿Se podría dar cima á la empresa? Es bien seguro que no. ¿Y por qué otra causa, sino es por que la corriente de las ideas no se dirige á este punto? Ello será un mal; pero es un mal inevitable: la prudencia de los gobiernos está en minorar los estragos del torrente; no empeñarse en contenerlo; el empeño sería impotente; el torrente se desbordaría arrumbandolo todo. ¿Por qué en España se han visto tantas anomalías desde la muerte de Fernando VII? ¿Por qué no ha echado profundas raices el régimen representativo? porque al emplear la fuerza, no se ha tomado en cuenta la resistencia; por que se ha luchado contra las costumbres, las creencias y los hábitos de los Españoles. ¿Y por qué, apesar de todo se ha planteado en la Península esta forma de

gobierno? por que con los medios de comunicacion que posee la Europa, imposible es que una Nacion deje de participar del movimiento universal.

Si aun quedase alguna duda sobre el sentido de la máxima de Balmes, la aplicacion que de ella hace con respecto á nuestra España, acabaría de desvanecerla. Segun él debe aumentarse la fuerza del trono, porque los Españoles son monárquicos; deben rechazarse las influencias estrangeras, porque los Españoles son celosos de su independencia; debe procurarse mayor lustre y brillantez á la Religion, por que los Españoles son profundamente Religiosos.

En vista de esto, no concibo como al señor Mateo ha podido sonar tan mal una máxima política, que ninguna conexion tiene con la de Montesquieu segun asegura el censor; sino con la conducta observada en todos tiempos por la Iglesia Católica, la cual invariable en su esencia, ha acomodado su gobierno á las circustancias que la han rodeado. La màxima de Balmes tiene no conexion, sino identidad con la doctrina que el Angel de las escuelas Santo Tomás enseña en el capítulo 8.° del libro 4.° de *Regimine Principum*, donde el Santo se vale de las mismas comparaciones de que se sirve Balmes para esplanar su máxima.

El señor Mateo estiende su censura á la cuestion del origen, y comunicacion del poder civil; mas lo manifestado al responder á la impugnacion del señor Ximena, sirve de respuesta á los cargos que en este sentido le hace el señor Mateo. Sin detenerme en nuevas aclaraciones por juzgarlas innecesarias, paso á ocuparme de otro inpugnador.

INPUGNACION DE UN ANÓNIMO.

En el año de 1848 salió á luz un folleto con el título de *Cuestion de vida ó muerte*; escrito, segun se dice, por un Presbítero Español, que no tubo á bien manifestar su nombre. En este folleto se analizan las doctrinas de Balmes sobre la cuestion que el anónimo llama de *Vida ó muerte.*

Basta leer la primera página, para inferir que el escrito será pobre y estrafalario; que el autor no es apto para tratar filosóficamente una cuestion tan delicada é importante. Para que se vea no exagero, copio con su estraña fraseología aquella página.

"En una obra moderna, dice, escrita con mucho juicio, sabiduría y erudiccion, obra en fin de una celebridad Europea, tomo 3.°, vemos cuatro capítulos, que á la verdad, si la obra fuera póstuma, los reputariamos ó puestos por agena mano, émula de las glorias del autor, ó al menos tan poco necesarios como la novela del curioso impertinente en el Quijote, segun el plan general de la obra. Los capítulos del citado tomo son el XLVIII, XLIX, L y LI, que segun la polvareda que su doctrina levantó de un si-

glo á esta parte, nos recuerdan los cuatro famosos artículos de la Iglesia Galicana; empero no podrán seguramente contar cual estos con un apologista como Bossuet. Habiase dicho con poca exactitud, que las obras del autor del Protestantismo andan en manos de todos, ó que todos hemos leido sus escritos. Pero sea por su gran mérito, sea por el lujo de su impresion, estas obras esclarecidas son por su mucho coste inaccesibles al comun ó mayoría de los Españoles, y se pasarán al Estrangero poderoso, por no guardar su venta mucha armonía con el estado de miseria ó pobreza que nos oprime. Son parecidas al Jardin de las Espérides que suponen los antiguos bajo la custodia de un Dragon; por lo cual, tan dificil es su adquisicion, como la entrada en el fabuloso vergel." Asi el anónimo censor.

¿Que podrá esperarse, preguntaré yo, de un impugnador, que tan ridículamente hace su entrada en la cuestion de vida ó muerte? El habla de una obra de celebridad Europea, del tomo 3.º de ella, y de cuatro capítulos contenidos en este, sin espresarnos, que obra sea la que enseña la doctrina que se propone analizar. Es verdad que los aficionados á los escritos de Balmes conocen se hace referencia al Protestantismo comparado con el Catolicismo; pero suponiendo el anónimo que las obras de aquel esclarecido escritor son inaccesibles al comun ó mayoría de los Españoles, y se pasarán al Estrangero poderoso (risum teneatis) debió hacer espresa mencion de la obra. Pasemos empero por alto este descuido: pasemos por alto la estrambótica comparacion que de las obras de Balmes hace con el huerto de las Espérides, y venga-

mos á los Capítulos XLVIII, XLIX, L y LI.

"Los cuatro capítulos dice, si la obra fuese postuma, los reputariamos ó puestos por agena mano, ó al menos tan poco necesarios como la novela del curioso impertinente en el Quijote. Si el anónimo es de parecer que los capítulos en cuestion parecen puestos por mano agena, yo afirmo, que aun cuando hubieran sido escritos por separado es facil reconocer en ellos la mano y la inmortal pluma de Balmes. El mismo estilo, estilo peculiar de Balmes, el mismo método, la misma claridad, la misma erudicion, la misma profundidad filosófica se observa en ellos que en los demas escritos del autor. Juzguelos innecesarios el anónimo censor, que no los juzgarán asi los que gusten se ahonden las materias de importancia: no juzgarán asi los que consideren el plan general de la obra. Balmes se propone vindicar á la Iglesia católica de los bruscos ataques de los impíos y protestantes; y estando en boga entre los modernos demagogos y reformadores, acusarla de favorecer el despotismo, el rediculizarla por el orígen divino que dá al poder civil, nada mas oportuno y conducente que el ocuparse de la naturaleza, procedencia y trasmision de aquel poder.

El anónimo compara los cuatro capítulos por la polvareda que levantaron de un siglo á esta parte, á los cuatro famosos artículos de la Iglesia Galicana, añadiendo que los cuatro capítulos de Balmes no pueden contar con un apologista como Bossuet.

Todo el que siquiera haya saludado la historia Eclesiástica, tiene noticia de los artículos defendidos por Bossuet; todos tienen noticia del ruido que metieron, y de la polva-

reda que levantaron, y todos la tienen de la doctrina peligrosa que enseñan. ¿Y estos malhadados artículos se comparan con los capítulos de Balmes? ¿Se ha puesto en conmocion el orbe católico por los capítulos de Balmes, como se conmovió apenas tuvo conocimiento de la declaracion de la asamblea de 1682? ¿Se ha levantado una sola voz de algun Obispo contra las doctrinas de Balmes? ¿La há reprobado el Sumo Pontífice? No. Pues bien; Flandes, Italia y España clamaron contra la inconcebible aberracion defendida por Bossuet. Alejandro VIII condenó y anuló cuanto se habia hecho en aquella asamblea; y ni España ni Italia, ni Francia, ninguna Nacion se ha alarmado por los capítulos de Balmes.

No resolveré, si Balmes pudiera ser tan buen apologista de sus capítulos, como lo fué Bossuet de la declaracion del clero Frances; pero lo que puedo asegurar es, que en su apología habria andado mas feliz el sacerdote de Vich que el Obispo de Maux; lo que si aseguraré, es, que el apologista de la declaracion del clero rebaja mucho, muchísimo al autor de la historia de las variaciones de las Iglesias protestantes; y que el autor del Protestantismo comparado con el Catolicismo realza mucho al autor de la Filosofia fundamental.

El anónimo antes de entrar de lleno en el asunto principal, nota las contradicciones que se encuentran en los escritos de Balmes; y como quiera que sean las mismas notadas por el señor Ximena, me refiero á lo dicho con esta ocasion, donde se verá, que las contradicciones solo existen en la imaginacion de los impugnadores.

El asunto capital, la cuestion de vida ó muerte, se

trata en el folleto que nos ocupa con poco método y claridad: las ideas y pensamientos son comunes, las pruebas que aduce en favor del origen divino del poder civil, trivialísimas. No hay que buscar observaciones filosóficas, no se hallarán. Defiende la comunicacion inmediata; en buen hora; pero los argumentos contrarios ni un adarme de fuerza pierden con las soluciones que el anónimo les dá.

Lo mas gracioso es, que en último análisis, reasumiendo toda la materia sobre que rueda la disputa, viene á deducir el mismo resultado que se propusiera Balmes. Balmes citó por la comunicacion mediata á Belarmino, Suarez y otros insignes teólogos, teniendo empero cuidado de advertir que nada tiene que ver esta doctrina con la desatentada de Rouseau; y el anónimo afirma que puede interpretarse en buen sentido la opinion de aquellos teólogos. Balmes sostiene que puede ser de mucha ó poca importancia la cuestion segun el lado por donde se la mire, y el anónimo asegura lo propio. Dice el anónimo que el afirmar que la potestad se comunica á sus depositarios por medio del pueblo, es una proposicion verdadera ó falsa, segun el sentido en que se entienda, y esta es justamente la doctrina de Balmes. Balmes y Belarmino y Suarez y Santo Tomás cuando dicen que por medio del pueblo, por eleccion del pueblo, que reside en la multitud y otras fórmulas semejantes, no quieren decir que la sociedad es invencion humana; que el pueblo es soberano; que el pueblo ha creado el poder; lo que dicen es, que Dios es el autor de la sociedad, y consiguientemente de toda potestad, (*omnis potestas*) pero que el pueblo, que la multitud ha intervenido muchas veces en el modo de egercer esta

potestad, en el modo de comunicarse esta potestad, en la estension y limites de esta potestad.

Mas si en el tiempo en que escribieron los citados teólogos no éra peligrosa aquella opinion, dice el anónimo, en el presente puede ser muy perniciosa. Pero si en un sentido es verdadera la opinion segun confiesa el anónimo, ¿por qué, diré yo, no se ha de defender este sentido verdadero, atacando al mismo tiempo el sentido érroneo, como lo hace el insigne teólogo de Vich? Por esto en lugar de censuras merece Balmes muchos elogios. ¿Quién mejor que él ha combatido á los que hán negado el orígen divino del poder civil? ¿Quién ha predicado mas elocuentemente la obligacion de obedecer, de no resistir á la autoridad, venga esta mediata ó inmediatamente de la fuente de todo poder? Y por que con el laudable fin de que no se atribuyan al Catolicismo doctrinas que no enseña, refiera las opiniones que se discuten en las escuelas, ¿se le han de dirigir críticas tan severas, se le ha de morder tan desapiadamente, se han de suponer en sus escritos inconsecuencias y contradiciones? No: es necesario repetirlo; Balmes no se ha torcido en su marcha; las doctrinas de Balmes guardan entre si una hermosa y ajustada trabazon.

Mi tarea hasta aqui ha sido fácil; emprendo otra que se juzgará mas costosa; pero que yo creo llevar á cabo con la misma facilidad. Voy á hacer la apología de su último escrito, del escrito que mas acusaciones le atrajo, que mas sinsabores le ocasionó.

DEFENSA DE PÍO IX.

Al señalar el mérito distinguido de las obras de Balmes he dicho, que aún olvidadas todas sus brillantes producciones, el opúsculo Pío IX es bastante á darle un renombre inmortal; que este pequeño volúmen es un grandioso monumento que eternizará la memoria de Balmes; que las pocas páginas de que consta, revelan uno de los primeros ingenios de Europa. Este elogio que yo hago del escrito dá bien á entender apruebo todo su contenido: otros opinan de distinto modo; creen que el Pio IX ha disminuido las glorias y reputacion de su autor: y ha sufrido tantos ataques; se le han dirigido tantas censuras, que no parece sino que el Pío IX es el pecado capital de nuestro publicista. Muchos que antes adoraban á Balmes con entusiasmo, se han entibiado en su devocion, despues de la publicacion de aquel opúsculo. No ha faltado quien lo haya llamado el Lamenais español; y con tan poco miramiento se le ha tratado, que hasta le han hecho pasar plaza de apóstata y Angel caído. El que defiende una buena causa, no necesita valerse de armas vedadas, no insulta á

su contrario; esgrimiendo contra él la espada de la razon, debe estar seguro de la victoria. Con Balmas no se ha obrado así. Contra el Pío IX, contra un escrito tan profundo y tan razonado, se ha echado mano de armas de mala ley, de la injuria, del ridículo, del sarcasmo y de la calumnia.

Entre las impugnaciones que ha sufrido el opúsculo en cuestion metió mucho ruido un folleto, que por aquel tiempo salió á luz, con el título de *Balmes y su crítico*. Este es uno de aquellos escritos que no merecen el honor de la contestacion. En él las materias mas sérias, delicadas y espinosas están tratadas, con procaz chocarrería: en él se injuria altamente á un sacerdote ejemplar y á un sábio de primer órden; y lo que es mas, en él se injuria al vicario de Jesucristo en la tierra. A la falta de decoro añade el impugnador ó una mala fé, ó una mala inteligencia: las suposiciones que hace son gratuítas; la mayor parte de las verdades que dice son impertinentes; los asertos y doctrinas de Balmes estan confirmados por el mismo crítico; los adagios, coplas y gracejos que derrama en su escrito, en nada debilitan la fuerza de los razonamientos del célebre publicista, como se convencerá cualquiera que imparcialmente lea y coteje ambos folletos. Victoriosamente ha respondido al censor anónimo el autor de *raciocinios* y *sentimientos*, opúsculo escrito con mucha templanza, mesura y filosofía. Mas como muchos no habrán leido esta respuesta, otros estarán procupados con la primera impresion que cansára en ellos la lectura del Pio IX, en el que parece se defienden las ideas de los modernos reformadores; me propongo, no analizar el folleto *Balmes y*

su crítico, pues ya he dicho no ser digno de una seria contestacion; sino hacer la apología del opósculo Pio IX; y al propio tiempo defender la conducta política del Pontífice Pio IX, con el objeto de desimpresionar á muchos, y demostrar á todos que Balmes ni inconsecuente ni apóstata ha sido.

Ante todo, conviene salvar la intencion de nuestro escritor, y vindicarlo de la nota de ambicioso con que se ha querido empañar su reputacion.

No pensaba asi Balmes, se ha dicho, sus sentimientos no estaban de acuerdo con su escrito, si no es que el sacerdote aspiraba á una Mitra ó Capélo, y para conseguirlo, toma la pluma, y escribe el Pio IX, el Pio IX, que es un memorial dirigido á Su Santidad en solicitud de un alto puesto en la gerarquía eclesiástica.

Todo Español de alma noble y generosa, todo Español celoso de la fama que justamente se haya adquirido alguno de sus compatriotas, la nacion entera tan interesada en las glorias de su mas grande hijo, debe rechazar indignada esta calumnia.

¡¡ Vender su conciencia Balmes !! ¡¡ Hacer traicion á sus principios Balmes !! ¡¡ Balmes tan severo, tan inflexible, que jamas transigió en asuntos de esta clase !! ¡¡ Que siempre ha dicho las cosas tales como las concibiera, sin que nunca le hayan arredrado los peligros, ni fascinado las promesas !! ¡¡ Balmes ambicioso, con innoble ambicion !!:: á haberlo sido, hubiera alhagado al poder, habria apoyado los gobernantes, hubierase movido su pluma segun soplase el viento de la fortuna. ¿ Y qué no pudiera prometerse, que no consiguiera dominado de la am-

bicion y versatilidad de Talleyrand? ¡Ambicioso Balmes, que como él mismo decia, solamente vencido de la fuerza de la santa obediencia, aceptaría una Mitra! No: quede sentado que al redactar su Pio IX no fué impulsado por miras egoistas; escribió segun le dictaba su conciencia; aquel opúsculo és la espresion de las mas profundas convicciones.

Veía de un lado la marcha reformadora del nuevo Pontífice; veía de otro cuanto iba ganando la revolucion en todas partes; oia las aclamaciones de esta, oia los lamentos de los hombres de sana intencion; y para acallar los lamentos de los unos, y desvirtuar las aclamaciones de los otros, escribe el Pio IX, en que aprueba la conducta del Papa, como necesaria para desarmar la revolucion, como necesaria para evitar mayores males. Dígase en buen hora, que se ha equivocado; mas no se tenga el arrojo de afirmar, que por vestir la púrpura cardenalicia, se desnuda de su independencia, y hace traicion á sus principios.

Al hacer la apología de Pio IX, veremos de que parte está la equivocacion.

Trece son los artículos de que consta el opúsculo cuya defensa emprendemos; procederé en su analisis segun el orden con que están escritos.

I.

NOVEDAD Y GRANDOR DEL ESPECTÁCULO.

En este primer artículo se limita nuestro escritor á con-

signar hechos; refiere los acontecimientos tales cuales sucedieran. Con pincel inimitable describe el luto del Catolicismo por la muerte del Sumo Pontífice Gregorio XVI; la alegria universal por la elevacion al Solio Pontificio del Cardenal Mastai–Ferreti ; la marcha reformadora que en política emprende; los temores, las esperanzas, las congeturas, los cálculos que produce; la espectativa en que pone á todo el Orbe Católico el Pontificado de Pio IX.

¿Qué podrá oponerse á un artículo meramente histórico? ¿No son hechos públicos, ruidosos, ciertos é irrecusables los que pinta Balmes?

A la relacion de los hechos siguen unas reflexiones tan hermosas como profundas. «Preciso es confesar, dice, que hay en este espectáculo una novedad que asombra, una complicacion que aturde, una magnitud que anonada; hay algo que entusiasma y arredra. La historia con sus lecciones, la esperiencia con sus desengaños, el porvenir con sus nubes, la sociedad con sus necesidades, la revolucion con sus exigencias; lo antiguo que se cae á pedazos, lo nuevo que lo invade, que avanza, que á veces se desborda con raudales de llama, todo se agolpa á la mente, y el ánimo conmovido, fluctuante se pregunta: ¿qué sucede, qué sucederá?"

¿Puede trazarse en menos rasgos un cuadro mas vivo de la novedad y grandeza de la empresa? ¿No veis en estas palabras, que Balmes nada disimula, ni aun lo que pudiera perjudicar á su objeto? ¿No observais que no se le ocultan las exigencias de la revolucion, y que está viendo los raudales de llama que esparce por donde quiera que pasa?

Conociendo Balmes que á la pregunta ¿ qué sucede, qué sucederá? responderán los Monárquico-religiosos: sucederá lo qué sucedió en otros paises donde se plantearon las formas representativas; termina su artículo con la bella alegoría de dos tempestades presididas la una por el genio del mal, esparciendo la desolacion y la muerte, y la otra por el genio del bien, resolviéndose en lluvia vivificante; que es lo mismo que decir: la tempestad existe en Italia como en otros paises; pero la tempestad de Italia aplicándola algunas puntas metálicas, puede pasar sin causar los desastres que causára en otras partes donde no se le aplicaron; y despues de algunos truenos, relámpagos y sustos, quedar la atmósfera serena y despejada, ó al menos no ser tan peligrosa la tormenta como lo fuera muy cargada de electricidad.

II.

EL HOMBRE,

El segundo artículo del opúsculo de Balmes está destinado á dar á conocer las cualidades personales de Pio IX. Tratándose de defender la conducta de algun hombre, nada mas natural que describir sus dotes personales. Balmes lo hace tan cumplidamente, que nada deja ni que desear, ni que oponer. Virtudes morales, virtudes cristianas , virtudes sociales, conocimiento de su siglo, conocimiento de las necesidades y exigencias de la Europa, conocimiento especial de la situacion de Italia, al-

ma sensible y tierna, corazon generoso, energía y valor para los peligros; esto es lo que Balmes atribuye á Pío IX, y de todo esto ha dado y está dando pruebas Pío IX.

Los mal avenidos con las reformas del Pontífice le concederán todas las bellas cualidades que le concede Balmes; pero el Pontífice, dirán, no ha andado muy acertado en su política, y Balmes al defenderla, desgraciadamente se ha equivocado. Uno y otro han desconocido los peligros de la empresa, y los males que la seguirían.

Mas lo que está á la vista de todo el mundo, responderé yo, ¿se había de ocultar á un Cardenal de los conocimientos de Mastai-Ferreti, y á la vista perspicaz de Balmes? No; bien conocidos éran del sumo Pontífice y de su apologista los peligros que le rodearían; bien preveian los males que amenazaban á la sociedad y la Religion. Pues si nada de esto les éra desconocido, ¿por qué ensayá el Pontífice una política de que son inseperables espantosas calamidades? y ¿por qué el Sacerdote Español aprueba aquella política? Por lo mismo, contestarè yo; por que saben, que si se continúa en la política antigua, los males serán mayores; por que las medidas que el uno toma y alaba el otro , se toman y alaban como medidas preventivas.

En prueba de que Balmes no se hacia ilusiones, vease como termina su segundo artículo.

"La empresa, dice, que ha acometido es tan árdua, se halla tan erizada de peligros, requiere tal combinacion de valor y de prudencia, de suavidad y de firmeza, exige atencion tan simultánea á tantos, tan variados, tan grandes objetos, puede contar con tantos embarazos, con tales ingra-

titudes, con tal copia de sinsabores, de pesares, de amarguras, que el solo intentarla, el concebirla, revela una grande alma.

III.

EL PONTÍFICE.

Todo el artículo tercero es una prueba irrefragable de que á Pío IX le era bien conocido lo calamitoso de los tiempos; de que no se le ocultaban las tendencias de la impiedad, y licencia demagógicas. En este artículo se demuestra con documentos públicos, que el sumo Pontífice lejos de asociarse á la revolucion, ó hacer causa comun con los enemigos del órden y de la Iglesia, declara solemnemente no se unirá á ellos, y exorta elocuentemente á todo el Episcopado le ayuden en la grande obra de combatirlos. Léase detenidamente este artículo; leánse los enérgicos trozos que de las Encíclicas estracta Balmes; leánse integras estas Encíclicas; leánse todas las que han salido posteriormente; y se convendrà, en que Pío IX antes que Rey es Pontífice, es el vicario de Jesucristo; se convendrá, en que su principal mision es defender los derechos de la Iglesia y de la Religion.

IV.

EMPRESA DE PÍO IX.

Los tres artículos cuyo análisis acabamos de hacer, necesarios al obgeto de Balmes, son de todo punto inataca-

bles; puesto que en ellos se limita á la narracion de hechos que por nadie pueden ser desmentidos. En el primero refiere los acontecimientos que siguieron á la promocion del Cardenal Mastai-Ferreti; en el segundo dá á conocer sus altas cualidades; cualidades de las que los Estados Eclesiásticos y la Iglesia pudieran prometerse un buen Príncipe y un gran Pontífice; en el tercero con las palabras, actos y documentos públicos del mismo Pontífice confunde el atrevimiento y osadía de los que juzgan al vicario de Jesucristo como un hombre débil, y condescendiente con la impía revolucion.

Pues bien, se decía, si el Pontífice está adornado de tan escelsas prendas, si ni aún indirectamente quiere alentar á los revoltosos, ¿ por qué les abre las puertas ? ¿por qué no observa la conducta de su ilustre predecesor? ¿por qué ensaya tan arriesgadas reformas ? ¿ cual es el fin que en ello se propone ? A estas preguntas responde Balmes en su cuarto artículo.

"La empresa, dice, es conceder á la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condicion de los pueblos, sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolucion por medio de la reforma, quitándole á la impiedad motivos, ya que no es dable impedir que tome pretestos; privar de fuerza sus declamaciones, haciéndolas huecas por la absoluta falta de razon; cimentar un órden político y administrativo que se sostenga por si propio sin necesidad de bayonetas estrangeras; desarrollar en los Estados pontificios un espíritu público que los prepare para atravesar sin trastorno las profundas vicisitudes que ha de sufrir la Europa; hacer posible la duracion de la

soberanía temporal de la Santa Sede, no obstante la trasformacion de las ideas y costumbres de los pueblos; en una palabra, resolver para lo presente el problema que sus antecesores han resuelto cada cual para su tiempo respectivo; conservar la union de la supremacia espiritual con la soberanía temporal; es decir, una condicion que no podria faltar sin gravísimos inconvenientes para el egercicio de la autoridad Pontificia, y por consiguiente sin gravísimos males para la Iglesia universal."

¿Y habrá razon para desaprobar esta empresa? ¿Quién podrá reprobar el que á la época se le conceda lo justo y conveniente, y se le niegue lo injusto y dañoso? ¿Quién el que se trate de mejorar la suerte de los pueblos, cuando pueden introducirse algunas mejoras? ¿No es muy provechoso el desarmar en lo que sea dable á la revolucion? ¿No es un pensamiento grande el buscar medios para la conservacion de la soberanía temporal de la Silla apotólica, al través de la caida de los imperios, de las mudanzas dinásticas, de la variedad de costumbres y de la lucha de los principios polìticos? si: se contestára, todo esto es laudable, es muy bueno; pero los medios de que se echa mano no son los mas apropósito para conseguirlo; producirán todo lo contrario; producirán el desorden, la anarquìa, trastornos muy perjudiciales al Estado y á la Iglesia; y defender estos medios como lo hace Balmes, es desconocer la que es la revolucion, es alucinarse sobre los peligros de la empresa.

Esa precisamente es la cuestion: si de los medios adoptados por el Sumo Pontìfice brotarán mas bienes que males. Cierto es que en los primeros momentos habrá alar-

ma y agitacion, se pondrán en movimiento los demagogos, y se afligirán los hombres de órden al ver se plantean en los Estados Pontificios las reformas, por donde principiaron las revoluciones en los demas paises. Mas esto no es bastante para reprobar la nueva política; es necesario demostrar, que permaneciendo en la inaccion, que dejando las cosas en el estado en que las encontrára Pío IX, se evitaría todo trastorno, y se auyentarían los males que se temian.

Por lo demas, ni Pío IX ni Balmes dejaban de augurar los graves peligros que parecian crearse. En prueba, véase como se esplica este último. "Empresa si, lo confieso, sembrada de dificultades, erizada de riesgos, rodeada de abismos: el problema es mas complicado de lo que parece; no se le resuelve ni cantando un himno como los patriotas Italianos, ni invocando el ampaio de las bayonetas Austriacas."

¿Y qué temeis de los medios adoptados por el Papa para dar cima á su empresa? Ah! tememos mucho, direis, tememos suceda á los Estados Pontificios lo que sucedió á todos los paises en que se han introducido idénticas reformas; tememos que envalentonada la revolucion, no se contente con lo que se le otorga, y de exigencia en exigencia llegue al estremo de despreciar y arrojar por el lodo la Tiara; tememos que se pierda la soberania temporal de la Silla apostólica, tememos sufra grandes quebrantos la Religion: en una palabra, tememos todos los horrores de una anarquia politica y religiosa. Mas para que se desvanezcan algun tanto todos vuestros temores, oid al elecuente Balmes.

"En los temores, dice, que tan fácilmente asaltan el ánimo del débil mortal, en aquellas ansiedades con que nos angustia la vista de un suceso turbulento, la historia desenvuelve sus magníficas páginas, y nos consuela y tranquiliza. ¿Donde está el imperio de los señores del mundo que enviaban al suplicio á los Santos Pontífices de los tres primeros siglos? No existe; y el Pontificado permanece. ¿Donde está el imperio de aquellos Reyes Bárbaros que talan, debastan, incendian la Italia y Roma? No existe. ¿Donde está el imperio de los sucesores de Cárlo Magno, que ora apoyan, ora combaten á la Santa Sede? No existe; y el dominio temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Donde está la obra revolucionaria de Arnaldo de Brescia, y su restablecimiento de la antigua República en Roma? Disipose como humo, y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están esas Repúblicas de Italia que se prometian la inmortalidad á la sombra de la libertad y de la independencia? No existen; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están las fundaciones políticas, los establecimientos dinásticos de Cárlos V, de Francisco I, de Felipe II, y sus sucesores? Se disiparon ; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía ¿Dónde están las obras de los Generales de la República francesa, dónde las de Napoleon, las repúblicas, los reinos, las confederaciones que diseñaba con la punta de la espada el irresistible vencedor? No existen; y la soberanía temporal de los sucesores de Pío VI y Pío VII dura todavía. Esto en Italia: ¿y que ha sucedido en el resto del mundo? ¿Puéden contarse las formas políticas que han caducado,

las dinastías que han perecido, los reyes que han sucumbido, las repúblicas que han perdido su libertad, las nacionalidades que han muerto, los imperios que se han desplomado? Y sin embargo, en Roma, combatida por el error, las pasiones y los potentados, dura la Santa Sede; en Roma asolada por los bárbaros, tomada por los emperadores de Alemania, asaltada por las tropas de Cárlos V. sometida por la república francesa, sojuzgada por Napoleon, agitada por los carbonarios, en esa Roma la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía."

He copiado este trozo, por que es uno de los mas elocuentes; por que nos enseña, que la duracion de la soberanía temporal de la Silla Apostólica tiene tambien algo de sobrehumana; porque nos inspira la esperanza de que aun cuando la Europa se vea sembrada de repúblicas, ó sufra cambios muy grandes, permanecerá en pié la soberanía temporal de los sucesores de San Pedro, para ir enterrando las demas soberanías, para hacer entrar en su cauce la civilizacion europea.

V.

LA INDEPENDENCIA DE LA ITALIA.

Espuesto por Balmes el plan del venerable Pío IX pasa á justificar este plan: Funda su justificacion en el malestar de la Italia; en el protectorado del Austria, protectorado que considera como un mal gravísimo en si mismo, y como impotente en caso de una conflagracion Europea:

fúndala en el espìritu de independencia que se observa en los estados de la Península Italiana, y en los esfuerzos que ostentan para emanciparse del Austria. Si bien confiesa, que la unidad Italiana es una quimera, que quien pretendiese formar de sus diminutos principados una fuerte monarquía, ó una república federativa, daria pruebas de estar muy atrasado en la historia; no puede menos de alabar que aquellos estados vayan adoptando las mejoras conocidas, y que sus gobiernos preparen á los pueblos á las alteraciones que puedan sobrevenir, sin que sea necesaria la intervencion estrangera.

El Papa soberano de uno de los principales estados de Italia habrá previsto todo esto; habrá previsto que la corriente de las ideas, corriente cuya marcha no puede impedirse, causará no pequeñas modificaciones; que hasta el Austria tan robusta y pujante será arrebatada por aquella corriente; y que aun suponiéndola benévolas intenciones, no siempre la será posible prestar el apoyo y proteccion necesarias.

Esta segun Balmes es la clave por medio de la cual se esplica la nueva polìtica que Pío IX ensaya en sus estados. Esta es la causa de las reformas introducidas. Con estas reformas hallará la revolucion menos que conmover, será menos violenta en sus ataques, y los regimientos austriacos no pisan el suelo romano sino en un caso estremo.

Las reflexiones filosóficas, políticas y sociales de que está sembrado este artículo manifiestan que nuestro publicista era el mejor conocedor de la situacion de Italia y Europa; que veía anticipadamente cuantas combinaciones, complicaciones y resultados podrian sobrevenir.

El hombre pensador, que guste de conceptos elevados, y que se ahonden los asuntos públicos, admirará este artículo y el VI de que nos vamos á ocupar como los mas profundos que han brotado de su fecunda pluma. Suplico se medite mucho sobre las altas observaciones sociales que encierran.

VI.

EL GOBIERNO PONTIFICIO Y LAS ALTAS POTENCIAS.

Los que han creido que Balmes miraba la marcha política de Pío IX como una política salvadora, que con ella se evitarian todos los males, se equivocan torpemente; dan á entender no haber leido el escrito, ó haberlo leido precipitadamente, sin que parasen la atencion sino en lo que hería sus sentimientos.

Bastaria el primer párrafo del artículo VI para convencerse, de que Balmes no se prometía dias de paz y bien andanza con la política inaugurada por Pío IX.

"El desarrollo, dice, de un espíritu público que por si solo y sin auxilio de bayonetas estrangeras baste á contener una revolucion, y á sostener el gobierno temporal del Pontífice es un pensamiento digno de un Papa, y ademas es un pensamiento necesario. Será posible que Pío IX tropiece con tales dificultades interiores, y esteriores, que no lo llegue á realizar como él desea; pero si su empresa no puede ser llevada á cabo ahora, lo será en lo ve-

nidero; otro Pontífice intentará lo mismo que Pío IX, y al fin uno de ellos lo conseguirà"

¿No os han llamado la atencion estas palabras, *será posible &c.?* Y si os la han llamado, ¿por qué insistir tanto en los peligros y males que deben seguir á la reforma? El Pontífice cuya conducta reprobais, Balmes á quien impugnais ya conocian las dificultades y peligros. ¿Pero los ha producido la política de Pío IX? Vosotros afirmais que si; Balmes asegura que no; pero jamas á dicho que la revolucion no se envalentonaría; jamas ha dicho que la política de Pío IX auyentaria todos los males; lo que dice y prueba con mucha copia de razones es, que la marcha de Pio IX haria menos graves las calamidades á que estaba ávocada la Europa, la Italia y la Iglesia. Vosotros sosteneis que las ha agravado; probadlo: me arguireis con los hechos posteriores, ya responderé á ellos. Entretanto sigamos nuestra tarea analizando el escrito de Balmes.

¿Por qué decian los Monarquico-religiosos, no sigue Pío IX la política de su predecesor, que en circustancias bien críticas supo enfrenar la revolucion? Es innegable que en los Estados Pontificios se agitarán los revoltosos; cierto es que intentarán asonadas y trastornos; no se nos oculta que se tratará en algunas logias de destronar al Pontífice y restablecer la antigua república romana; pero vigílese á los tribunos de dentro; permanezcan para los de afuera cerradas las puertas de la patria; nada se les conceda, y serán vencidos. Serán estériles sus esfuerzos, y en caso de temerse su triunfo, ahí está el Austria que los aplastaría, cerca está el Austria que en dos dias los aniquilará.

A estas reflexiones responde Balmes en el artículo 6.°

con otras reflexiones mas fuertes y filosóficas.

No: el Pontífice no puede dormirse tranquilamente al borde del precipicio, que continúa ahondando la revolucion. La revolucion ya dió muchos disgustos á Gregorio XVI; la revolucion levanta arrogante su cabeza; el suelo Italiano está minado; las cabezas Italianas están volcanizadas; el espíritu del siglo espíritu ciertamente maligno egerce su nociva influencia en Roma; el genio del mal despues de haber fascinado otras naciones, bate sus alas sobre la Península Italiana; la impía propaganda en todas partes se agita; en Francia se teme estalle con ímpetu espantoso; y llegado este caso ¡ay de los pueblos! Los demagogos por do quier se derramarán como furias infernales, con rabia satánica incendiarán la Europa, y sobre Roma centro del Catolicismo se arrojarán como demonios.

Ved aqui por que el Pontífice no sigue la marcha de su Santo predecesor; su política es política de cálculo; concede algo á la revolucion para prevenirla, para quitarle motivos y pretestos. Si permaneciendo en la inaccion estalla como no puede menos de estallar la revolucion, las fuerzas propias con que cuenta el Vicario de Jesucristo para hacerla frente son escasas, son muy débiles. Tampoco puede fiar su suerte á ninguna Nacion; no á la Rusia; porque está muy léjos y es anticatólica; no á la Inglaterra; por que ademas de ser anticatólica, es la que dá impulso á todas las revoluciones; no á la Prusia, por que su Rey es cismático; no á la Francia, por que está plagada de Volterianismo; no finalmente á el Austria, por que aun cuando el Emperador abrigue las mas sanas intenciones, y sea un buen protector, no es imposible un

nuevo José II; porque en caso de un conflicto europeo el Austria seria muy débil; el Austria necesita concentrar todas sus fuerzas en defensa propia; últimamente, porque al Papa Padre comun de los fieles, y que debe estender su vista al porvenir, no conviene estar ligado con una sola Nacion, creando quizá celos y rivalidades peligrosas.

¿Qué puede oponerse á estas observaciones sacadas del fondo del escrito de Balmes? Nada; absolutamente nada. Nosotros hemos visto el conflicto europeo; hemos presenciado todos los acontecimientos acaecidos de la misma manera que los pronosticára Balmes; hemos visto que en los alrededores de Italia y Alemania prendio con rapidez la electricidad revolucionaria; que sola la Ru. sia ha hecho frente al movimiento perturbador de la propaganda; que el Austria no pudo resistir, ni proteger á Roma en el dia del peligro. En vista de esto pregunto ¿qué habría sido de Roma, qué del Papa, qué del Gobierno temporal de la Santa Sede, qué de la Iglesia, si al estallar la revolucion de Febrero, el Papa contára solo con la proteccion del Austria, si la Francia hubiera empujado á la revolucion, si el Papa no contára sino con las simpatías de los Gobiernos absolutos? ¡Ah! cubrámonos con un manto, como con menos oportunidad decia el señor Donoso Cortés.

VII.

LAS CONCESIONES.

»Sin duda que lo mas seguro para el momento era

dejar las cosas ni *statu quo.*» Por estas palabras que van á la cabeza del artículo 7.°, se echará de ver que Balmes conocia la alarma y agitacion que escitaría la nueva política. Balmes confiesa solemnemente habria habido menos disturbios y mas seguridad por entonces, dejando las cosas ni *statu quo*, no haciendo variaciones en la política y administracion. Mas como el Papa y Balmes no pensaban solo en el presente, no se encerraban en tan estrecho círculo, estendian sus miras á mayores distancias; como el Papa y Balmes veian levantarse amenazadora la revolucion en tiempo no muy lejano, y que su ímpetu seria mas violento encontrando en su furiosa marcha todo lo antiguo; por eso el primero concede algo á la época, y el segundo aprueba lo concedido.

Mas ¿por qué se han de hacer concesiones, decian los Monárquicos, y menos concesiones políticas, y mucho menos aun á los revolucionarios que con nada se satisfacen? Tras de las concesiones vienen las exigencias; las concesiones políticas en todos tiempos han engendrado males incalculables.

Este especioso argumento se propone el mismo Balmes, y lo propone con fuerza inimitable, con incomparable artificio. Cuantas observaciones podrian hacerse en contra de la conducta del Pontífice, están hábilmente compendiadas en los enérgicos y elocuentes trozos que copio.

" En esos momentos críticos, dice, en que un paso mal dado puede acarrear graves consecuencias, lo primero que ocurre al instinto de conservacion es no moverse en ningun sentido; mantener con rigor el *statu quo*, amenazar con la muerte á quien ose perturbarle, intimidar con la sospe-

cha á quien aconseje la reforma. Ademas, en las revoluciones modernas hay tan terribles escarmientos, la palabra de reforma ha sido tantas veces sinónima de destruccion, la de libertad de licencia, que se concibe muy bien la alarma que estos nombres pueden inspirar, se concibe muy bien que ocurra la idea de encerrarse inexorablemente en un sistema, de no salir de allí ni por exigencias ni sin ellas, de no hacer nada que los perturbadores hayan de aplaudir para no llegar á nada de que puedan abusar. Se sabe de antemano que con nada se han de contentar ciertos hombres, no concederles pues nada para que no se envalentonen; se sabe que procurarán estraviar los sentimientos mas generosos del pueblo, no hacer pues nada que pueda dar vuelo á esos sentimientos; se sabe que han de abusar de los nombres mas sagrados, no emplearlos pues en ningun sentido; se sabe qne si se abre una ventana para respirar, han de querer una brecha, cerrar pues todas las puertas herméticamente; se sabe que si se encienden mas luces para alumbrar querran teas para incendiar, no aumentar pues la luz de ninguna manera, y resignarse á la pálida claridad de un panteon para evitar las llamaradas de un incendio. Esto dice la indignacion, esto el instinto de conservacion." Pero ¿qué dice la razon? pregunta Balmes, y pregunto yo. La razon dice, que segun los casos y circustancias, las concesiones pueden ser funestas ó ventajosas, prudentes ó insensatas. Balmes examina las circnstancias que rodeaban á Gregorio XVI, y las que rodeaban á Pío IX. En las circustancias que acompañaban al Pontificado de Gregorio XVI encuentra sólidas razones para que el venerable Pontífice se opusiese á toda tenta-

tiva de innovaciones. Las victorias que precedieron al congreso de Viena aseguraron por algun tiempo el órden en Europa; á Gregorio XVI se pedian reformas con las armas en la mano; Gregorio XVI podía contar con fuerzas propias y estrangeras bastantes á vencer á los revoltosos; produciendo las reformas aun siendo ventajosas alarma y agitacion, demandan fuerza vigor, y tiempo, cualidades que no pudiera prometerse el octogenario Pontífice. Por todo esto las concesiones en el Pontificado de Gregorio XVI habrian sido mas peligrosas y menos oportunas. Las circustancias del Pontificado de Pío IX son otras; las malas ideas han adelantado mucho; todas las naciones han esperimentado no pequeñas modificaciones; la revolucion brama horriblemente; sus rugidos son estrepitosos en Francia é Italia, repitiéndose su éco hasta en los hielos de la Siberia. Hé aqui por que Pío IX hace algunas concesiones, que juzga indispensables para obviar mayores males. Con la Europa de 1815 á 1830 distinta hubiera sido la política de Pío IX.

Cierto es que de las concesiones inoportunas se han originado funestos resultados; no es empero menos cierto que en ocasiones han restablecido el órden y salvado á las naciones. Si la demasiada condescendencia ha producido revueltas civiles, la obstinacion en no conceder nada ha perdido algunas buenas causas.

La historia en esto se halla acorde con la filosofía. ¿Quién salvó la Francia, decid, quien salvó la Francia despues de la caida de Napoleon? Estas pocas palabras del Conde de Artoís; *nada ha cambiado en Francia.*

Si Luis XVIII no concediera la carta, quizá hubiese muer-

to errante en tierra hospitalaria. Bien conocida es la causa del destronamiento de Cárlos X. Si el virtuoso é infortunado Conde de Molina no fuera tan severo en sus principios políticos, hubiese tenido mas flexibilidad, prometiera algunas concesiones, la familia Real de España no se hallaría tan dividida. No es lisongera la situacion del Austria, Prusia, Alemania y Napoles; mas si los soberanos de estas potencias despues del grande acontecimiento de Febrero, se empeñáran en conservar todo lo antiguo, no hubiesen hecho algunas concesiones; tal vez reinaría hoy la mas completa anarquía; tal vez dominára el socialismo; tal vez el anciano capitan Radetzky no descendiera al sepulcro con la gloria, sino con la humillacion de Novara.

VIII.

SISTEMA DE RESISTENCIA ABSOLUTA.

Los Monárquicos puros que leán este artículo sin la debida crítica y filosofía, hallarán en él mucho que censurar; pero si desnudándose de sus preocupaciones, aplican viva atencion á la lectura de él, y pesan en la balanza de la razon los hechos y reflexiones de que abunda; confesarán, por dolorosa que sea la confesion, que los hechos son innegables; que las reflexiones están en su lugar; deberán convenir en que el autor de Pío IX es un filósofo que para juzgar como tal, prescinde de sus sentimientos; es decir, prescinde de sus deseos.

¿Cual es el pensamiento dominante de este artículo? No se necesitan muchos esfuerzos de ingénio para penetrarlo.

La sociedad, se decia, solo puede salvarse, adoptando la política de Meternich, ó de Nicolás; restableciendo los gobiernos absolutos; el sumo Pontífice, lejos de conservar este régimen bajo cuya sombra han descansado sus predecesores, se lanza al camino de las reformas, ensayando en los estados de la Iglesia el sistema de libertad tan funesto y calamitoso.

Balmes, para defender la conducta de Pío IX, examina la situacion de las sociedades, y el giro de las ideas dominantes; y con vista penetrante observa, que el sistema de absoluta resistencia, aunque bueno en sus elementos, vá perdiendo mucho terreno, y está amenazado de quedar reducido á muy estrechos límites; que aun cuando se intentase restablecerlo, como el único medio salvador, no podría darse cima á la empresa, fundándose en que el torrente de las ideas de libertad arrastra á la mayor parte de las naciones civilizadas, siendo muy débiles los diques que pueden oponerse á aquel torrente.

"No se trata, dice, de saber si hay en esto un bien ó un mal, sino lo que hay. La América entera ha abrazado el sistema de libertad, en todo aquel continente no hay mas que un solo Monarca, y este de poca importancia, y todavía con gobierno representativo, el Emperador del Brasil, el hijo de don Pedro. Toda la América esta cubierta de Repúblicas. En Europa hay formas de libertad política en Portugal, en España, Francia, Bélgica, Holanda, Gran Bretaña, Suecia, Suiza, en muchos puntos de la confederacion Germánica, y se han empezado á ensayar en la misma Prusia. ¿A qué se reduce el dominio de las formas de absoluta resistencia? Esto en el espacio ¿qué sucede en el tiempo?

Ved que formas había en aquellos paises ochenta años atras, y notareis la asombrosa rapidez con que las trasformaciones se han hecho: siendo el tiempo tan poco y el espacio recorrido tan grande ¿cuanta debe ser la velocidad del movimiento?"

¿Qué podrá responderse en contra de estas observaciones? ¿No es cierto, no es constante, no es evidente cuanto asegura Balmes? ¿No es cierto que la Françia, la España, la Bélgica, Portugal, que la América entera han adoptado el sistema de libertad? Despues de haber escrito Balmes ¿no se han ido ensanchando los límites de este sistema? ¿No se ha ido apoderando de la Italia, de la Alemania, de la Prusia y del Austria?

Estos hechos son innegables, direis, pero es que Balmes presenta como un bien el sistema dominante; no: no es asi; hablais con poca exactitud; traducís muy mal las palabras de Balmes; Balmes no presenta aquel sistema como un bien; citadme una página donde haga su apología; yo os citaré ciento en que condena la revolucion, en que condena la libertad de los tribunos. Balmes lo que hace es consignar hechos; el intento de Balmes es hacer ver que el mal es irremediable, que la política de absoluta resistencia ni sabria ni podría curarlo en la actualidad; que la prudencia está en sacar el mejor partido posible, que quien con pocas fuerzas se empeñàra en detener la marcha invasora de las ideas, seria arrebatado.

Segun el célebre publicista, lo que deben hacer los gobiernos es no dormirse tranquilamente, aprovechar lo bueno que haya, y dar una direccion menos perturbadora al movimiento de la Europa. Observando que Pio IX proce-

de en sus reformas segun estas miras previsoras, impulsado por este cálculo prudencial; ved por que insiste tanto en justificar su marcha política; y cuenta que asi obran ciertos personages de quienes nada se puede sospechar, que parecían mas inflexibles; aquellos que mas tenazmente se han negado á capitular con la revolucion.

¿Quiénes, en efecto, mas adictos al sistema absoluto, á todo lo antiguo y venerando que el Conde de Molina, y don Miguel? y sin embargo se acomodan á las circustancias; no hablan el lenguage de 1830 al 40. Es por que los escarmientos han sido para ellos lecciones muy instructivas; és por que han llegado á conocer las tendencias y espíritu del siglo, y que empeñarse en contrariarlo abiertamente, fuera un empeño temerario é impotente; és por que tendrán presente que en ocasiones el mayor enemigo de lo bueno es lo mejor, es decir; que por conseguir lo mejor á veces nada se consigue.

Pues si estos personages prometen conceder algo á la época, ¿porqué el venerable Pontífice no ha de obrar segun estas miras aconsejadas por la prudencia? Pío IX y don Miguel y el Duque de Montemolin y el Duque de Chambort bien conocen que son en mayor número los elementos disolventes que entraña el sistema dominante, pero en la imposibilidad de eliminarlos, prometen admitir algunos de aquellos principios para neutralizar su pernicioso influjo asociándoles otros elementos buenos.

IX.

LA RELIGION Y LA LIBERTAD.

Por ese espíritu de libertad que invade al mundo civilizado, y se dilata por todas partes como un rio que se desborda, ¿ha de temerse que perezca la Religion? No ; contesta Balmes; no; deben contestar los católicos todos; no; deben contestar los que hayan estudiado la historia. Y ¿por qué? Porque la Religion es obra divina, y los hombres no pueden destruir las obras de Dios; por que el mismo Dios nos ha asegurado que las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia; por que esta profecía del hombre-Dios ha llegado ya á ser un hecho histórico; por que en las formas políticas no hay nada que sea esencial á la Religion; por que la Religion se plega á todas las formas; por que la Religion puede reportar ventajas ó sufrir quebrantos del régimen absoluto y del representativo. La historia confirma, no desmiente lo que dice en esta parte la razon. La Religion sufrió lo que nadie ignora en la gran Bretaña bajo el régimen monárquico, y hace considerables adelantos despues de haber alcanzado la emancipacion con un gobierno misto. En los Estados unidos y otros cantones de América hace rápidos progresos bajo formas republicanas.

Cierto es que en los últimos tiempos, prevaleciendo el sistema de libertad, se han abierto hondas heridas á la Religion; se han dado escándalos que han contristado el corazon de los sumos Pontífices, se han arrebatado á las Iglesias sus bienes y esplendor; se ha empobrecido y perseguido á sus ministros; pero si bien se considerase echa-

rá de ver, que estos males no los han causado las formas por si mismas, sino las ideas filosóficas é impías que prodigiosamente han cundido por todas las naciones. En el principio fundamental de la reforma de Lutero y Calvino iba envuelto el germen de todos los males que aquejan á las sociedades, y sufre la Religion. Desde entonces al lado de las inovaciones políticas ha ido el empeño de reformar el edificio espiritual; los principios antireligiosos han producido los principios antisociales; mas debe tenerse presente que cundiendo las mismas ideas filosóficas, los males no serian menores bajo el régimen absoluto. Recuerdénse los reinados de José I en Portugal, de Cárlos III en España, de Luis XIV y Luis XV en Francia, de Fernando IV en Napoles; recuerdénse los disgustos y lágrimas que ocasionaron á la Iglesia los Pombal, los Tanuci, los Choiseul, los Condes de Aranda y Floride Blanca, y habrá de convenirse en que no todos los males deben achacarse á las formas represe ntativas. Yo, que soy enemigo de estas formas; que prescindiendo de las circustancias prefiero el gobierno de uno solo; que abrigo la mas profunda conviccion de que esta clase de gobierno es menos viciosa, no escita tantas pasiones, ni promueve tantas ambiciones y rivalidades; yo que estoy persuadido que las formas representativas entrañan mas elementos deletereos, prefiriera unas Córtes y un Senado compuestas de hombres religiosos á un gobierno absoluto en que manejasen los asuntos públicos hombres volterianos. No nos hagamos ilusiones: las formas políticas caducan; las unas van reemplazando á las otras; la Religion es eterna: lo que á este lado del atlántico es perjudicial á la Religion, podría favorecer-

la en los paises trasatlánticos: abiertas las Córtes en el año 1767, quizá no se realizára la espulsion de los Jesuitas; abiertas las Córtes en Rusia, quizá se verificase la union de la Iglesia Fociana con la Iglesia Católica: desde las pretensiones y arbitrariedades de José II la Iglesia en Austria no disfrutaba de la libertad que se le ha devuelto bajo un régimen representativo.

De todas estas consideraciones se deduce lo que dice Balmes, qué la Religion se acomoda á todas las formas; que ninguna la hará perecer; que todas pueden causarle daños de cuantía, y bienes de consideracion.

En lugar de atacar á Balmes por haber escrito este elocuente artículo, debe agradecersele el que haya sabido inspirar confianza á los que temen por la Religion. Los hombres, las revoluciones, todo lo humano pasa; la Religion permanecerá siempre. Para atacar á Balmes con fundamento menester es negar los hechos que él aduce, borrar las páginas de la historia.

X

REFORMAS POLÍTICAS Y ADMINISTRATIVAS.

En este artículo es la intencion de Balmes defender las reformas políticas y administrativas introducidas por Pío IX: presenta el cuadro de ellas, haciendo ver, que las reformas en nada disminuyen el poder temporal de la Silla apostólica, siendo por otra parte aconsejadas de la prudencia. Yo tambien defiendo estas reformas buenas en si mis-

mas algunas, y como medios otras de evitar mayores desastres. Estoy conforme en el fondo del artículo de nuestro escritor; no puedo empero convenir con el hombre grande que vengo defendiendo en cuanto al pensamiento que moviera á Pío IX á emprender aquellas reformas.

"He aqui, dice Balmes, cual habrá sido el pensamiento del Pontífice. Se decia que el Papa no podía perdonar sin destruir su poder temporal, pues una amnistía completa: se decia que la administracion de Roma no podia mejorarse bajo el dominio eclesiástico, pues que un Papa la reforme, y que en esta reforma sus auxiliares sean eclesiásticos; que no podia fiarse del pueblo, pues las armas al pueblo; que no podia tolerar que se desenvolviese en sus estados el espíritu público, pues mayor latitud á la imprenta; que solo podia mantener el órden con el apoyo estrangero, que no podia permitir que la capital se agitase por la intervencion en los negocios administrativos, pues á la capital una municipalidad; que no podia dejar que influyese en el gobierno la opinion del pais, pues al pais una consulta de Estado:" asi Balmes. Miras empero mas elevadas, fines é intenciones mas nobles, prevision mas acertada atribuyo yo al venerable Pío IX.

Cuando la cabeza de Pío IX se sintió abrumada con el peso de la Tiara, me figuro yo á Pío IX pidiendo luces y gracia al dador de todo bien, y al padre de las consolaciones; pidiendo luz y acierto para la direccion de la nave de S. Pedro en el borrascoso mar que surca; me lo figuro yo consultando consigo mismo y con el cuerpo de Cardenales sobre los medios mas conducentes á libertar á la Iglesia y al Estado de la tormenta que les amenaza; me lo figu-

ro preguntándose á si mismo y á los Cardenales: la marcha política de nuestro último y dignísimo antecesor ¿podrá conjurar aquella tormenta? ¿deberá variarse algo la direccion de los negocios públicos? ¿dejaremos las cosas *in statu quo*, ó concederemos algo á la época? Sobre estos problemas meditaría mucho Pío IX, y despues de pensar sobre las dificultades de uno y otro sistema diria: la política, de Gregorio XVI ha sido buena para su tiempo, los tiempos empero son otros; la Europa ha cambiado de situacion; los Estados de la Iglesia no se librarán del movimiento revolucionario; veamos pues de hacer menos impetuoso el movimiento; para conseguirlo lo primero que hago es abrir las puertas de la patria á los súbditos de la Santa Sede para quienes están cerradas; ya sé que los amnistiados no se aquietarán con esta gracia, intentarán asonadas y perturbaciones; pero si yo no las abro, la revolucion que no debe tardar en presentarse, las abrirá violentamente, y en este caso nada los contendrá; cuando mi generosidad y el agradecimiento que exige mi generosidad paralizará á unos y apagará la efervescencia de otros; uno de los pretestos de la revolucion es la necesidad de reformas administrativas; pues para quitar este pretesto introduzco algunas reformas convenientes en la administracion; donde quiera que triunfa la revolucion aparece el pueblo armado, pues doy yo las armas al pueblo, y dándoselas yo serán menos temibles; ó las empleará contra los ingratos, ó en caso de convertirse contra mí por la seduccion, no será tan desastroso el uso que de ellas haga el pueblo; para conservar con la actual política el orden en los Estados de que soy Príncipe se necesita el apoyo austriaco, voy pues á emanciparme del Aus-

tria; asi evito las rivalidades de otras naciones, y adquiero simpatías que no tendria siguiendo siempre las inspiraciones del Austria; uno de los deseos mas pronunciados de los Romanos es la intervencion en los negocios administrativos, pues doy á la capital una municipalidad; lo que con mas ardor se exige es el desarrollo del pensamiento, el desenvolvimiento del espíritu público, la libertad de imprenta; ello es un mal gravísimo, mas en la imposibilidad de destruirlo, voy á dar alguna latitud á la imprenta, señalándola empero límites convenientes; otro de los principales pretestos de los agitadores es que la opinion del pais debe influir en el gobierno, pues para quitar á este pretesto toda su fuerza nombro una Consulta de Estado por cuyo conducto lleguen á mis oidos los deseos y necesidades de los pueblos; en una palabra; el Sumo Pontífice habrá dicho: la Europa está agitada; verosimilmente la Italia y Roma sufrirán violentas sacudidas; si permanezco in *statu quo*, sin conceder algo al espìritu del siglo, los trastornos serán en mayor escala, voy pues á conceder algo para no perderlo todo. Este segun mi opinion habrá sido el pensamiento de Pío IX, éste el móvil de la marcha reformadora que emprendió. Si los efectos han correspondido ó nó á las intenciones, si los medios erán ó nó conducentes al fin, esta ya es otra cuestion, que voy resolviendo, y que acabaré de resolver en su debido lugar.

Por lo demas la defensa que Balmes hace de las reformas examinándolas todas minuciosamente, no admite mejora: las reformas ensayadas por Pío IX en nada amenguan la soberanía temporal del Papa, como se convencerá de ello, quien con reflexion lea el artículo X del opúsculo de Balmes.

XI.

LA REFORMA ¿DEGENERARÁ EN REVOLUCION?

Previendo Balmes qué la política inaugurada por Pío IX infundiria grandes temores en los ánimos de los Monárquicos, fundándose estos temores en las funestas consecuencias de ensayos semejantes en otros paises, escribe el artículo XI con el epígrafe *¿la Reforma degenerará en revolucion?*

Balmes no se hace ilusiones; conocedor de lo calamitoso de los tiempos, y de las tendencias de los malévolos, confiesa que hay grandes motivos para temer, pero que tambien los hay para esperar. Las observaciones que en este sentido presenta son profundas y muy conducentes.

" Si la revolucion, dice, llegára á enseñorearse de Roma, si el Papa fuese destronado por una pandilla impìa, ¿qué sería la Ciudad de Roma entregada á merced de los anarquistas? Abandonada á la ambicion y á la codicia de los aventureros de todos los paises, lloraria bíen pronto con lágrimas de sangre la caida de su autoridad paternal, á cuya sombra ha vivido tantos siglos."

Estas consideraciones estan robustecidas con hechos históricos que comprueban el interés que los Romanos y el mundo tienen en la conservacion de la soberanía temporal de los Papas. En estas consideraciones se apoya Balmes para inspirar mas confianza á los timidos: Roma se opondría á los agitadores, y en caso estremo Roma volvería á

llamar á su bondadoso padre. Desengañada y alborozada le abriraría las puertas, y se entregaría confiada á su paternal solicitud.

Pero la reforma, se dirá, ha degenerado en revolucion, y Balmes suponía no degeneraría. No; Balmes nunca aseguró esto; espresamente confiesa que son grandes los peligros; que hay motivos para temer.

¿Es cierto empero que la reforma haya degenerado en revolucion? No: la revolucion romana no es hija de la política de Pío IX; la revolucion de Roma es hija de la revolucion europea; mas inmediatamente de la revolucion francesa. La revolucion romana no se habrìa evitado con la política antigua; hubiera sido mas funesta sin la política de Pío IX. Sin la revolucion francesa y alemana Pío IX hubiera sido dueño del movimiento ; las intentonas de los demagogos habrian sido sofocadas prontamente; la reforma no se hubiera convertido en revolucion.

Nosotros que hemos presenciado la revolucion, vemos tambien confirmados los pronósticos de Balmes. Roma con la ausencia del sumo Pontífice ha sufrido daños incalculables; Roma ha llorado con lágrimas de sangre la ausencia de su padre; hemos visto á los Romanos ansiar vivamente la vuelta de su soberano, y entregarse confiados á su solicitud paternal.

XII.

DIFICULTADES ESTERIORES.

Habiendo dejado Balmes consignado en el artículo an-

terior que las dificultades interiores podrian ser vencidas, y que atendidas estas habia mas motivos para esperar que para temer, se hace cargo de las dificultades esteriores que podrían suscitarse al Gobierno pontificio.

Con el hondo conocimiento que de la situacion de la Europa tenia, entreve mayores peligros de esta parte; que de parte de los revoltosos Romanos; su prevision ha sido justificada por los hechos. Para convencerse de ello, no pido sino una lectura detenida del artículo XII.

"No es fácil, dice, que todos los soberanos de Italia se mantengan en el punto de cordura y firmeza reclamado polo crítico de las circustancias. No es imposible que unos cedan demasiado, y otros se pongan en actitud de desconfianza con respecto á la política de Roma. Ambos estremos serían dañosos."

Asi ha sucedido. La conducta del Rey de Cerdeña complicó mucho muchísimo los negocios; puso obstáculos á la empresa de Pío IX.

" Si algun Gobierno Italiano, continúa, se creyera mas seguro que el Pontífice, padecería una ilusion peligrosa.»

Testigo el mismo Cárlos Alberto; Cárlos Alberto aspirando á ceñir dos coronas, ó por no contenerse en el punto de cordura reclamado por las circustancias, es vencido definitivamente en Novara, se vé obligado á abdicar, y deja á su hijo en brazos de una revolucion que lo va precipitando de abismo en abismo.

»Si por desgracia, añade, estubieramos condenados á presenciar acontecimientos semejantes á los de principios del siglo actual, desde luego se podría pronosticar otra restauracion.»

Hemos visto la catástrofe; hemos presenciado la restauracion.

»Las condiciones, concluye, de la diplomacia europea pueden sufrir una modificacion profunda, si á la muerte de Luis Felipe se altera el órden de cosas que prevalece en Francia desde 1830; mas si esto sucede, léjos de que la política de Pío IX haya de producir malas consecuencias, precisamente se ve en ella una esperanza para la Italia. En efecto, si suponemos que estalla una revolucion en Francia, continuando la península Italiana sugeta á un sístema de resistencia absoluta y sin mas alianzas esteriores que la de Austria ¿será posible lisongearse de que los Gobiernos puedan resistir al ímpetu revolucionario? Cuando el Austria haya de hacer frente en el Rhin tendrà que ser débil en el Pó. Para comprender la diferencia entre las dos situaciones, basta considerar el efecto que ahora produciria en Roma la noticia de una revolucion en París; es cierto que no causaría la impresion de susto para unos, y de envalentonamiento para otros, que hubiera causado en otras circustancias."

No parece sino que Balmes al escribir estas palabras referia acontecimientos ya acaecidos; todo lo hemos visto como lo anteveía Balmes. Hemos asistido á los funerales de Luis Felipe; hemos oido el horrendo estallido de la revolucion; hemos palpado la impotencia de los Gobiernos para resistir al ímpetu revolucionario; hemos palpado tambien la debilidad del Austria para contener aquel impetu; hemos visto que la revolucion ni ha asustado á los unos, ni ha envalentonado á los otros del modo que

lo hubiera hecho en otras circunstancias de Roma; en una palabra; hemos visto que los hechos han venido justificando las predicciones del Vate Español.

XIII.

CONCLUSION.

Defendidá la conducta de Pio IX en detall, digamoslo asi, al terminar Balmes su tarea, alza el vuelo á regiones mas elevadas, colocase en situacion mas encumbrada, registra con vista de aguila todo el espacio recorrrido, y como èl dice dá á la cuestion un horizonte mas vasto.

El presente para nuestro publicista es una consecuencia del pasado, una premisa del porvenir; el presente no lo han creado los hombres contemporáneos; viene de mas atras; la marcha torcida del protestantismo, el exámen libre que demanda la reforma, los cambios producidos por las doctrinas de Lutero y Calvino, los progresos del filosofismo, las alteràciones que sufrió la Europa con la revolucion de 1789, las grandes mudanzas que tuvieron lugar durante el Consulado é Imperio de Napoleon, los tratados de la Santa alianza, las nuevas complicaciones que surgieron de la revolucion de Julio, el terreno que esta ha ido ganando en el Mediodia de la Europa, las perturbaciones que siente Italia, y particularmente Roma en el Pontificado de Gregorio XVI, los temores de una próxima conflagracion, todo esto cae bajo el filosófico estudio de Balmes,

resultando de este estudio filosófico que la Europa no es lo que debiera ser; que el protestantismo, la impiedad, las revoluciones y la diplomacia han torcido el camino de la civilizacion; que echamos menos lo que debiera ser sì; pero que nuestros buenos deseos son estériles, no pueden hacer deje de ser lo que es.

El Pontificado de Gregorio XVI atravesó tiempos azarosos; los tiempos del Pontificado de Pío IX no son menos críticos; durante este Pontificado se temen y vislumbran hondas perturbaciones en Europa. Contemplando el Papa tan triste cuadro, llega á convencerse de que si fía la suerte de su gobierno temporal á la proteccion del Austria, los conflictos europeos de que no se verá libre el Austria, le desengañarán bien pronto de que no es seguro este apoyo. Considera que continuando estacionario en medio de la rapidez del movimiento, será arrastrado con ímpetu furioso. Antes pues que llegue el cataclismo revolucionario, emprende algunas reformas que sin menoscabar en lo mas mìnimo su autoridad, sean como una tabla en que se salven sus Estados, aunque sufriendo violentas sacudidas. Esto es lo que pretende demostrar Balmes en todo el opúsculo, y esto es lo que tan hábilmente reasume en su último artículo.

Seáme permitido copiar el final de él, porque entraña mucha sinceridad, mucha filosofía y una vivísima fé.

"Asistamos, dice, con calma y confianza á ese grande espectáculo; no nos desalentemos por la noticia de pasageras contrariedades; dilatemos la vista por el espacio y el tiempo; no nos limitemos á un punto; no veamos solo el dia de hoy. Recordemos la historia y pensemos en el

porvenir, no nos fijemos solo en Nápoles, Módena y Austria; consideremos la civilizacion moderna en toda su amplitud, en toda su variedad. No nos amilane un peligro, ni un mal; reflexionando que la humanidad no progresa sin lucha, ni se mejora sin dolores, y unidos de corazon con la Iglesia que ora sin intermision por el Papa en todos los ángulos del Universo, confiemos que Dios le dará luz y fortaleza, y que las dificultades, los peligros, los males se compensarán con los bienes en que será fecunda la obra comenzada por Pío IX.

ACONTECIMIENTOS POSTERIORES.

Has hecho, se me dirá, algunos esfuerzos para defender el folleto de Balmes, y la política de Pío IX; has podido probar que las intenciones eran sanas; que ambos llegaron á convencerse de lo oportuno y acertado de las reformas. Mas los hechos estan en contra; los resultados deben desengañar á cualquiera que no esté ciego. El mismo Balmes, si se hubiese alargado mas su vida, habría impugnado su folleto; confesaría publicamente haber faltado sus pronósticos. Nosotros, sin las pretensiones de grandes políticos, guiados solamente por un sentimiento interior, instintivo, originado de lo acaecido en Francia, Portugal, España y otros paises, recelabamos de aquella política, augurabamos dias trabajosos al bondadoso Pontífice, pronosticámos las exigencias nunca satisfechas de los revoltosos, pronosticámos los trastornos y sacrilegios sobrevenidos. Por eso llorabamos, y nos condoliamos, y no podia–

mos aprobar la política de Pío IX. Antes pudiera haber alguna duda, mas habiendo venido el tiempo á resolver el problema, empeñarse en sostener aquella política, y hacer la apología del opúsculo de Balmes, es negar los hechos públicos; es estar ciegamente apasionado por Balmes.

¿A los hechos acudís? No los niego: en los hechos me fundo para defender la política de Pio IX y opùsculo de Balmes. Justificando los hechos vuestra prevision, no me habría detenido tanto en este asunto; hubiera dicho: Pío IX estaba animado de las mas sanas y nobles intenciones; Balmes hizo una hábil apología de su política; pero uno y otro se equivocaron altamente. Tan lejos empero estoy de conceder que los últimos acontecimientos favorezcan vuestra opinion, que en los acontecimientos mismos encuentro la defensa de Pío IX y de Balmes.

¡Asegurais que Balmes hubiera impugnado su folleto! ¿No sabeis que poco tiempo antes de morir hablándole sobre esto respondió, que á tener que volver á escribir su folleto, ni una palabra mudaría? Y cuenta que en aquella época ya se habían sentido perturbaciones en Roma, Toscana, Modena, Nápoles, en el Pia–monte, y en el Estado Lombardo–Veneto; ya había reventado la mina revolucionaria. No; á Balmes no hubieran hecho cambiar de opinion los acontecimientos posteriores. Si hubiera descendido á contestar á sus detractores, pocos rasgos de pluma le habrían bastado para confundirlos. Mas volvamos á los hechos.

Supongo no atribuireis la revolucion de Febrero á la política de Pío IX; si le asignaseis esta causa, seria incalificable vuestra temeraria audacia, incalificable vuestra

preocupacion. No: la Francia no necesitaba escitaciones esteriores; la revolucion de Julio no fué si no el preámbulo de otra revolucion mas grande: tantos combustibles se hallaban acinados sobre la Francia, que el anuncio de un horroroso incendio dejaba de ser un vaticinio, era ya una vulgaridad. Los que jamas pensaron en un 24 de Febrero, desconocian el estado de la Francia, se parecian á los que hallándose en Nápoles, ignorasen la existencia del Vesubio. Hacia ya tiempo que la Europa se estaba preparando para el 24 de Febrero: en varias ocasiones habla Balmes de la caida de Luis Felipe y revolucion Francesa, como de un acontecimiento muy natural; no se fija la fecha, mas no puede retardarse.

Pues si la revolucion Francesa tiene explicacion tan sencilla, reconoce causas tan poderosas ¿por qué atribuir su origen á una causa tan pequeña como la amnistia concedida por un Papa á sus súbditos? Un poco mas de latitud á la imprenta de Roma ¿será bastante á incendiar la Europa y el Mundo? No, y mil veces no. Pío IX ni directa ni indirectamente ha producido la revolucion de Febrero.

Alargándose algo mas la vida de Gregorio XVI, Gregorio XVI habria tenido el disgusto de presenciar la revolucion de Febrero.

Suponed pues que la revolucion francesa estalla en tiempo de Gregorio XVI, y que con la rápidez de la chispa eléctrica se estiende por la Alemania, Polonia, Hungria é Italia; ¿Qué sucediera en Roma? ¡ah! horrorizase uno al imaginar los desastres y calamidades que el génio del mal derramára en los Estados pontificios; horrorizase uno al imaginar el caliz de amargura que se hiciera apurar al

Santo Octogenario; horrorizase uno al imaginar vertida la sangre del Pontífice, vertida la sangre de muchos Cardenales, arrastrados por la corriente del Tiber cadáveres antes mutilados, sembrados los claustros de víctimas inocentes, profanado lo mas sagrado; horrorizase uno al imaginar las consecuencias de tan lastimosos sucesos.

Nada sucediera, direis, los egércitos austriacos hubieran contenido á los revoltosos.

Os equivocais. El Austria no era suficiente á refrenar la revolucion; para hacerse fuerte en el Rhin, necesitaba hacerse débil, ó abandonar el Pó. Ardiendo Nápoles y Cerdeña, insurreccionándose Milan y Venecia, luchando Ledru Rollin y Lamartine, desencadenados los tribunos de Roma y de otros países, ¿cómo podria el ;Austria hacer frente á tantos enemigos? ¿No habeis visto que no ha podido por si sola el Austria vencer á los Húngaros, que sin el apoyo de Rusia acaso triunfára la insurreccion.?

La Rusia, replicareis, sabría con sus colosales fuerzas hacer miedo á los demagogos. ¿La Rusia? ¿Sabeis dónde está la Rusia? ¡Qué ilusiones se padecen con respecto á esta Potencia! Juzgan algunos que la Rusia ha de ser la salvadora de las sociedades: no suscribo, ni puedo suscribir esta opinion. La Rusia con sus colosales, é imponentes fuerzas, y secundando la política de todos los partidos de órden, podrá conservar la paz en Europa; podrá libertarla de la anarquía, podrá conjurar la tormenta con que amenaza el socialismo; la Rusia empero no hará retrogradar los tiempos; no devolverá á la glesia ni sus bienes, ni su esplendor; no levantará las paredes que del antiguo edificio han ido cayendo; no abo-

lirá el régimen representativo. Mas digo: la Rusia para librarse de la influencia de las nuevas ideas, necesita circumbalar sus estados con una muralla como la de la China: si toma parte en los negocios europeos, si se roza con la diplomacia europea, si avanza hacia el Occidente y Mediodia, ¡ay de la Rusia! los etereogéneos trozos pegados á su imperio, volverán á despegarse; y siendo mas fuertes las ideas que las bayonetas, penetrarán hasta el corazon de la Rusia, asentarán sus reales en San Petersburgo.

Mas dejando esto á un lado, volveré à preguntar, ¿sabeis donde está la Rusia? ¿Creeis que los Rusos vendrían arma al brazo á ahogar el monstruo de la revolucion? ¿abandonaría el Caúcaso por venir al Aventino? Cuando los Cosacos arrollasen á los enemigos que encontrasen en su transito, cuando quisieran salvar la distancia que separa al Vístula del Tiber, ya la revolucion habría terminado su mision destructora. Hagamos otra suposicion.

Suponed que Pío IX marcha por las vías de su glorioso predecesor; que se mantiene inflexible sin aflojar nada la cuerda tirante, como vosotros deseais y aconsejais; estallando en Francia la revolucion de Febrero ¿ que fuera de la ciudad eterna? ¡ ah! si manifestándose Pío IX reformador, haciendo concesiones, amnistiando á los reos políticos; si habiendo escitado tan vivo entusiasmo, se le ha abrebado de trivulaciones, se le ha arrojado de Roma, y se le ha destronado por una turba tan ingrata como impia ¿concibe alguno menos afligido á Pío IX, y menos desgracias sobre Roma, manifestándose Pio IX desde el principio de su pontificado hostil á los que con inaudita ingratitud se le-

vantaron contra él? Grandes han sido los males causados por la revolucion sí; pero hubieran sido mayores: se ha pisoteado el doble cetro y la triple corona de Pío IX; habriase pisoteado su cetro, su corona y su sangre: arrimaronse hachas para incendiar el Qurinal; se habría incendiado; asesinose á un Ministro y familiar del Papa; muchos Cardenales y Prelados habrian sido asesinados: se han cometido tropelías y sacrilegios; las tropelias y sacrilegios habrian llegado á su colmo.

Y muerto el Papa, asesinados algunos Cardenales, huyendo otros despavoridos, violentados los asilos de las ciencias y de la virtud, ¿qué fuera de la Capital del Orbe católico? ¿que de la Iglesia? ¡ah! tenemos fé; la piedra fundamental no puede ser destruida; las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; el esposo inmaculado salvará á su esposa de todos los naufragios; la sacará triunfante de todas sus luchas y peligros; pero los escollos por donde la navecilla habría de pasar, serían muy grandes, mayores y mas peligrosos que las marejadas conque es empujada en la actualidad.

Pero no abriendo, se contestará todavía, no abriendo Pìo IX las puertas á sus mayores enemigos, no dando una latitud arriesgada á la imprenta, ni introduciendo reformas á que siempre acompañan revoluciones, imposible era que los revoltosos causáran los daños que han causado.

Os equivocais, volveré á repetir: apoyados los insurgentes de Roma por los propagandistas de todas las naciones, con intencion y furia satánica se lanzáran sobre la Ciudad eterna: y destituida Roma de todo auxilio humano, débilmente resistiera.

Y sino decid; ¿qué garantías le ofrecíais vosotros para cuando se viese en el caso de luchar con la revolucion? ¿Qué cañones, qué armas poderosas para resistirla? ¿Qué murallas para impedirle la entrada? ¿Las bayonetas Austriacas? Yà os lo ha dicho; erán impotentes. ¿Los batallones Rusos? Ya os lo he dicho; la Rusia está muy léjos, y ademas el camino no es llano, sino quebrado y ribazoso: es decir, tropezaría en él con enemigos no despreciables. ¿Qué garantìas pues le ofreciaís? ¿Nada mas que vuestras declamaciones? pues cesen esas vuestras declamaciones. Cuando con un vaso de agua intenteis apagar una grande hoguera, aumentareis el fuego: vuestras declamaciones empeoran la situacion, y no sirven sino para afligir mas el angustiado corazon de Pío IX.

Qué ¿no ha podido el Austria defender á Viena, y quereis que defienda á Milan, Venecia, Nápoles, Cerdeña y Roma? Qué ¿no pudo resistir ni la Alemania, ni Prusia, ni Nápoles, ni el Piamonte, ni el Austria, esa pujante Nacion en quien tanto confiabais, y resistiera Roma con algunas compañías Suizas? Ved lo que ha sucedido en otras naciones, y deducid de ahí lo que sucediera en los Estados pontificios. ¿No observais que Meternich seguía vuestra polìtica, la política de absoluta resistencia, y se vé obligado á huir, el Austria queda á merced de las turbas, y de grado ó por fuerza concede mas de lo que concede Pío IX? ¿No advertis que el Rey de las dos Sicilias resiste toda inovacion, contesta à cañonazos á las voces y exigencias de los alborotadores, ni un palmo de terreno quiere ceder, y por fin tiene que sucumbir, y concede á su pueblo una constitucion por evitar los horrores

de una anarquía? ¿Y sostendreis todavía que no cediendo el Papa se hubiera evitado la revolucion de Roma, que continuando en la política de absoluta resistencia, la revolucion no se atreviera á atacarlo? No: Pío IX tampoco hubiera podido resistir al ìmpetu revolucionario: mas habiéndose anticipado á ganar los corazones, y quitar pretestos, se colocó en situacion menos temible y peligrosa; asi es que se marchaba por el camino de las reformas sin considerables perturbaciones. Llegó el 24 de Febrero: la revolucion en Italia no fué tan violenta y furiosa como en otras circustancias. En otras circustancias Rossi no fuera víctima de las turbas; estas se habrian estrellado contra el Pontífice y cuerpo de Cardenales, sin darles tiempo para la fuga; y Roma y el mundo habrían presenciado el mayor escándalo que presenciaron los siglos.

De la política de Pío IX temiais vosotros la pérdida de la soberanía temporal de la Silla apostólica. ¿Se ha perdido? No: los Embajadores de todas las Naciones se agruparon en Gaeta en torno de Pìo IX. Poderosos Soberanos se apresuraron á lanzar de la ciudad eterna á Mazini, y á reponer á S. S. en el Solio Pontificio. ¿Y á qué atribuir estas simpatìas? A la polìtica anterior del Papa; con otra polìtica, algunas de las Naciones que han ayudado á Pìo IX, quiza empujaran ó se manifestaran indiferentes con la revolucion.

Vosotros temiais la anarquìa: la anarquìa duró algun tiempo; en otras circustancias hubiera sido de mas duracion: antes Roma solo contaba con la proteccion del Austria, ahora se halla escudada no por el Austria sola, sino por todas las Naciones cristianas: en otras Naciones han sido

respetados los hechos de la revolucion, en Roma nó; todas las cosas han vuelto al estado en que se encontraban.

La posicion del Sumo Pontífice no es lisongera; mas esto debe atribuirse á lo calamitoso de los tiempos, no á su política; yo concibo mas desembarazada esta posicion que lo fuera habiendo seguido desde su promocion el sistema de absoluta resistencia. Antes pudiera haber ilusiones, ahora ya no hay lugar á ellas: los Romanos han debido desengañarse, de que Roma sin la suave autoridad del Papa es de muy poca significacion: han debido aprender, que un Papa con cámaras representativas no tiene ni la libertad ni la independencia necesarias: que si la prudencia aconseja conservar por ahora aquellas formas en otros paises, la prudencia, los intereses de la Italia y de toda la Cristiandad se oponen á esta clase de gobierno en Roma. El espíritu público de los Estados pontificios al paso que recibirá con agrado algunas mejoras en la administracion, aleccionado por los escarmientos, rechazará las promesas de los tribunos.

Por todo estas consideraciones, lejos de censurar la política de Pío IX, debemos admirarla; debemos venerar los designios de la Divina Providencia, que quiso llevarse para sí á Gregorio XVI, para librarlo del caliz de amargura que le tenian preparado los revoltosos, colocando sobre el Solio de San Pedro á Pío IX, robusto Piloto, que con habil direccion sacase salva por entre escollos y borrascas la Nave de la Iglesia.

Debemos lamentar los males que afligen y contristan el corazon de Pío IX. Debemos llorar y condolernos de que se haya visto en la necesidad de hacer reformas

que pudieran envalentonar á los trastornadores del orden social; mas no debemos llorar el que las haya hecho. Cuando hay necesidad de amputar un miembro, debemos sentir esta desgracia, mas no debemos sentir la amputacion que salva la vida. El Pontífice que tan dignamente ocupa hoy la Cátedra de San Pedro, ni ha tenido otro fin, ni ha hecho sino elegir un mal menor por librarse de otro mayor.

Tambien debemos elogiar y admirar á Balmes que supo comprender esto, que nos lo dijo para alentár nuestra desconfianza, enseñándonos al propio tiempo á respetar y venerar al Vicario de Jesucristo.

CONCLUSION.

Las consecuencias que deben deducirse de este escrito son: que todas las obras de Balmes, son lo que llaman los Franceses, chef d' œuvre, obras maestras; que todas ellas pueden leerse sin riesgo alguno; que todas ellas deben estar siempre sobre la mesa del hombre estudioso; ultimamente, que la filosofía de Balmes está iluminada por su fé, y su fé fortificada por su filosofía.

Para aficionarse mas ó menos al nombre y escritos de Balmes, no faltará quizá quien desee saber á qué partido pertenecía.

¿Era, se preguntará, absolutista ó constitucional, moderado ó progresista, ó conservador? Balmes, asi como no pertenecía á ninguna escuela, en ningun partido estaba fi-

liado: ni era absolutista, ni liberal, ni progresista, ni puritano, ni moderado: era el varon justo de la España, el Aristides Español; el mas independiente de los Españoles; el mas ilustrado de los filósofos, el mas profundo de los políticos: era el consejero, el maestro de todos los partidos; á todos daba lecciones, á todos manifestaba con decoro, franqueza y lealtad sus desaciertos; á todos marcaba el camino por donde debieran marchar. Como verdadero Español solo aspiraba á procurar la felicidad y bienestar de su patria; como profundo político, con el estudio que habia hecho de la historia, no se apasionaba por estas ó las otras formas; para él las formas eran nó el fin, sino el medio de que se valian los hombres para llevar adelante sus planes: antes, y mas que todo era religioso. Si bajo un régimen representativo se daba impulso á las artes y á las ciencias, progresaba la industria, el comercio y la agricultura; si la Religion era respetada, la Iglesia atendida, los Ministros venerados, y la moral observada, Balmes conservaria aquel régimen. Si las formas representativas eran un medio para oprimir á la Iglesia, empobrecer el Clero, y perseguir la Religion, Balmes anatematizaba aquellas formas. La Monarquía pura segun Balmes es el mejor gobierno, cuando el Monarca se ostenta protector de la Religion; mas si la tiraniza, para él el régimen absoluto es el peor de todos los gobiernos.

Si alguno lo acrimina por esto, sepa que acrimina á los hombres mas eminentes en letras y santidad; sepa que acrimina tambien al angélico doctor Santo Tomás, quien espresamente enseña la misma doctrina en su aureo tratado de *regímine Principum.* Si se replicase que Santo Tomás

daba la preferencia al gobierno de uno solo, tambien Balmes, responderè yo. El que leyendo las obras de Balmes no distinga en ellas al mas ilustrado Monárquico-Religioso, no comprende bien el sentido en que escribe Balmes; asi como el que comprenda bien el sentido en que escribe Balmes, llegará á conocer, quien es BALMES, y quienes sus IMPUGNADORES.

FIN.